

No tardó en presentarse la primera autoridad de San Sebastián de los Reyes.

Al ver el alcalde el traje de *Pocito* hizo un gesto de disgusto y extrañeza que no pasó inadvertido por el agente.

—¿Usted es el delegado del gobernador?—preguntó con acento de extrañeza el alcalde.

—Servidor de usted.

—Traerá usted algún papel que lo acredite.

—Si, señor. Véalo usted.

Pocito echó mano á lo que fué su chaqueta para sacar su credencial, encontrándose sin el bolsillo.

Aquella contrariedad le llenó de confusión. Pero no era el agente hombre que se cortase por tan poca cosa.

—Señor alcalde,—dijo,—hace tres días he salido de Madrid disfrazado para cumplir una misión importantísima en un pueblo inmediato. Se trata de un secreto de Estado, y habrá usted de permitir que no le especifique qué misión sea esta. Hallábame practicándola esta noche, cuando me he visto acosado por un perro que ha destruído mis carnes, como puede usted ver por esta sangre que mancha mi camisa y mis ropas, con tan mala fortuna que han arrancado de mi chaqueta el bolsillo donde llevaba mi nombramiento.

Descubierto por aquellos á quienes perseguía, es posible que huyan si no llegan pronto refuerzos, y al efecto, en nombre del gobierno vengo á pedir á usted que ó me

acompañe á Madrid á caballo ó me dé una caballería y un guía para cuanto antes estar en la corte.

El alcalde le había oído sin decir palabra.

Sólo cuando *Pocito* terminó, dijo:

—Todo eso que usted cuenta será verdad, pero ¿quién me responde de ello?

—Yo, señor alcalde. Venga usted ó deme un criado: iremos á Madrid, llegaremos al Gobierno y allí verán ustedes como le he manifestado toda la verdad. ¡Pero por Dios no perdamos tiempo! Que preparen los caballos ó mulas.

—¿Y si yo no quisiera prestarle los medios de ir pronto á Madrid?—preguntó el alcalde.

—Entonces, continuaría á pié el viaje, y una vez en la corte le diría á mi jefe:

Me ha sucedido esto: Tal vez sea tarde cuando lleguemos á donde hemos de ir. Si así desgraciadamente ocurre la responsabilidad no es mía, sino del alcalde de San Sebastián de los Reyes, que ha faltado á su deber negándose á secundarme.

—Me convence usted,—exclamó la primera autoridad del pueblo.—Voy á mandar que ensillen mi caballo y el de mi yerno, y antes de dos horas estaremos en Madrid.

—El gobierno tendrá en cuenta esta determinación de usted,—dijo *Pocito*.

—Me basta con cumplir con mi deber.

Cinco minutos más tarde el agente y el alcalde de San

Sebastián de los Reyes caminaban hacia Madrid, caballeros sobre dos buenos caballos.

Eran poco más de las dos de la madrugada cuando los caminantes se detuvieron frente al Gobierno civil.

Pocito echó pié á tierra invitando á su acompañante á que hiciera lo mismo, y entregando las riendas á uno de los guardias, le dijo:

—Cuide usted de esos caballos.

Después subió, seguido del alcalde, la escalera que conducía al despacho de D. Francisco el Chico.

Tumbado sobre un diván de la portería, roncaba como un desesperado el ordenanza de guardia.

Pocito lo sacudió con fuerza, y cuando se hubo despertado,—le preguntó.

—¿No está don Francisco?

—Sí, señor, está; pero como si no, porque me ha dicho que iba á echarse un rato y que no le despertaran, pues no estaba por nadie.

—Esa orden no será conmigo. Entra y llámalo.

—No me atrevo.

—Que le llames, te digo.

—¿Y si me cuesta el destino?

—No pases cuidado. Entra y dile que estoy aquí, y que me urge verle.

—Lo haré,—repuso el ordenanza;—pero mucho me temo que me cueste caro desobedecer las órdenes que el jefe me dió.

El portero se entró en el despacho de don Francisco y no había pasado un momento cuando volvió, diciendo:

—Pase usted, el jefe le espera.

Pocito pensó que no tenía por que privar de su sueño al alcalde de San Sebastián de los Reyes.

—Amigo mío,—le dijo.—Hoy mismo se hará presente al señor Gobernador, el servicio que acaba usted de prestarme. Si tiene usted que hacer en el pueblo vuélvase. Si no espéreme aquí.

—Me convendría marcharme,—repuso el alcalde.

—Entonces, amigo mío, gracias en mi nombre y en nombre del gobierno por su servicio, y buenas noches.

Diciendo esto *Pocito* estrechó la mano de su compañero de viaje y se entró en el despacho de D. Francisco el Chico, que le esperaba impaciente.

Al ver entrar á su agente en el estado que iba, el jefe de seguridad no pudo reprimir una exclamación de asombro.

—¿Qué ha pasado, *Pocito*?—preguntó.

—Nada, don Francisco,—contestó el agente.—Que por poco no puedo contar lo ocurrido.

—¿Pero esa sangre?...

—Ha salido de unos cuantas heridas que me han hecho.

—¿En el pueblo?

—Precisamente.

—¿El capitán?

—No, señor; su perro. Y si no es por el capitán me come el maldito animal.

—Vamos, *Pocito*, la cuestión es muy grave. Refiéreme lo ocurrido, sin olvidar un solo detalle.

Obediente á la orden de su jefe *Pocito* refirió á don Francisco el Chico todo cuanto habia hecho desde que salió de Madrid con dirección á Fuente el Sax, hasta aquel momento.

Cuando hubo concluido el agente su relato, don Francisco exclamó:

—¿Luego el capitán Muñoz está en el pueblo?

—Me atrevería á jurarlo.

—¿Y vive en casa del alcalde?

—Así es.

—A ese alcalde habrá que darle su merecido por proteger conspiradores. Pero no hay tiempo que perder. Necesito ver al marqués de Moratalla ahora mismo. Corra usted á su casa y dígame que le espero inmediatamente. De paso avise usted que venga mi coche, y prepárase usted, *Pocito*, para volver conmigo al pueblo.

—Don Francisco,—dijo el agente.—Haré los dos primeros encargos; pero en cuanto al tercero he de hacerle á usted presente que no me he curado todavía las heridas, que siento agudísimos dolores y que las sienes me arden de la fiebre que tengo.

—Es verdad, *Pocito*, no habia caído en ello; usted se

irá desde luego; pero avise antes á Serrano ó á López para que me acompañen al pueblo, si es que decido hacer el viaje. Ahora dese prisa á buscar al marqués.

No había pasado media hora cuando el marqués de Moratalla entraba anhelante en el despacho de D. Francisco el Chico.

—¿Qué ocurre, amigo mío? ¿Acaso está ya detenido mi hermano?

—No, señor; ni mucho menos. Su hermano de usted está, según todo lo hace creer, en Fuente el Sax; pero por lo visto está dispuesto á defenderse, y yo no estoy en el caso de que me inutilice mis agentes.

—¿Pues qué ha pasado?

Don Francisco refirió al marqués lo que el agente le había contado y acabó su relato, diciendo:

—Ahora, usted dirá si después de lo ocurrido hemos de hacer una parodia de prisión, ó si entregamos á D. Andrés Muñoz á sus jueces.

El marqués vaciló por un instante. Luego, como hombre que está dispuesto á llevar á cabo una resolución: dijo:

—Don Francisco, mucho lo siento porque al fin es mi hermano; pero, que se cumpla la ley.

El jefe de seguridad miró al marqués con curiosidad, como se mira á un fenómeno.

No comprendía tanta crueldad en un sér humano.

Luego se encogió de hombros, y dijo:

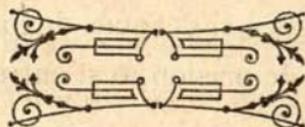
—Adelante.

Al estrechar un momento más tarde la mano de Román, D. Francisco sintió algo así como temor mezclado con repugnancia.

El marqués y don Francisco se retiraron. El primero para volver al lecho que acababa de abandonar; el segundo para subir al coche que iba á conducirlo á Fuente el Sax.

Una hora después ambos dormían.

Y se comprende: ninguno de los dos tenían conciencia.





CAPITULO XLVI

El jefe en persona

LIRADO el coche en que iba D. Francisco el Chico por dos magníficos caballos, no tardó en llegar á la barca.

El jefe de seguridad que había hecho el viaje en un sueño, al sentir detenerse el carruaje despertó, y preguntó al agente que le acompañaba:

—¿Por qué nos detenemos?

—Hemos llegado á la barca de Algete, y el cochero está llamando al barquero para que nos pase.

Don Francisco bajó del coche para dar prisa.

En aquel mismo instante salió Juan de su caseta.

—¿Es usted el barquero?—le preguntó don Francisco.

—Para servir á usted, caballero.

—Bueno, eso quiero: pero deprisa. Ayude usted al co-

chero á desenganchar y á entrar el carruaje en la barca; pero deprisa.

—Mucha debe llevar el señor, á lo que veo.

—Llevo la que á usted no le importa.

—Si le he ofendido, dispéñseme.

—No ha habido ofensa; sino gana de enterarse de lo que no le importa.

Juan, desde que vió el carruaje, sospechó que aquellos hombres que en él iban tenían alguna relación con el capitán; pero ahora no tenía medio de avisar, porque por muy deprisa que él anduviese, no podría adelantar á aquel carruaje.

Era, pues, inútil intentar nada en obsequio de Andrés.

Por otra parte, la respuesta poco cortés que acababa de darle don Francisco, le impedía enterarse, como hubiera sido su deseo, del objeto que motivaba aquel viaje.

Así es, que imponiéndose ante las circunstancias, Juan, ayudado del cochero, hizo entrar en la plataforma de la barca el coche, parándolo á la otra orilla.

Luego practicó la misma operación con los caballos, y después de enganchados éstos al carruaje, don Francisco continuó su viaje á Fuente el Sax.

Aun estaba amaneciendo cuando el jefe de seguridad llegó al pueblo.

Asomado á la ventanilla iba don Francisco en observación por si veía á alguien á quien preguntar donde vivía Romero.

Como en los pueblos se madruga tanto, no tardó don Francisco en hallar quien le informara.

Un bracero que salía para el campo con su azada al hombro, se encargó de conducir el coche á la casa del alcalde.

Al sentir el ruido del carruaje, Romero, que se acababa de echar dormido en su cama, se arrojó del lecho y esperó impaciente á que llamasen.

No se hicieron esperar varios golpes dados en la puerta.

Ganando algún tiempo, porque no viesen los recién llegados que se les esperaba, fué Romero á abrir.

—¿El alcalde?...—preguntó don Francisco entrando en la casa.

—Servidor de usted.

—¿Se llama usted Romero?

—Sí, señor.

—Soy el jefe de seguridad de esta provincia.

—Por muchos años, señor.

—Excuso decirle á lo que vengò.

—Dispense usted mi torpeza; pero ignoro en qué puedo servir á usted.

—Señor Romero, dejémonos de fingimientos y farsas que á nada conducen.

—¡Fingimientos y farsas!

—Sí, eso he dicho. ¿Dónde está el capitán Muñoz?

—¿El capitán Muñoz ha dicho usted? Pero si el capitán ha muerto.

—Usted, como yo, sabe que el capitán vive y que se oculta aquí.

—Sin duda, caballero, le han informado á usted mal. El capitán D. Andrés Muñoz murió. Mal puede por consiguiente ocultarse aquí ni en parte ninguna.

—Señor Romero, yo sé que el capitán está aquí.

—Pues sabe usted más que yo. ¡Ojalá estuviera! Quien vive aquí, en mi casa, es su viuda, doña Blanca. Se ha visto abandonada por todos y ha venido á mi casa, porque sabe, que aunque humilde, tiene siempre abiertas sus puertas para los que se llamaron amigos de Romero un día.

—¿Y el capitán no vive aquí?

—No, señor.

—Me pone usted en el caso de registrar la casa.

—Yo me alegro de que así lo haga usted, porque de esa manera podrá convencerse de que yo jamás miento.

—Mire usted, señor Romero, es inútil que niegue. Tengo la seguridad, la convicción de que aquí se alberga el capitán Muñoz. Tanto es así, que á él debe la vida uno de mis mejores agentes; pues si él no llama al perro que le estaba despedazando, mi subordinado á esta hora habría muerto.

—¡Cómo! ¿Era un agente de la autoridad el que esta noche penetró en el corral y á quien yo libré de la muerte?

—¿Usted?—preguntó don Francisco con extrañeza.

—¡Yo! sí, señor; yo, que estaba durmiendo, y al sentir la detonación del revólver, salí á la ventana. Vi al perro abalanzado á un hombre y lo llamé. ¡Ahora lo comprendo todo!

—¿Qué comprende usted?

—Lo que ha sucedido. Sin duda usted sospechaba que yo tenía oculto al capitán Muñoz, que en paz descansa, porque había recogido á su viuda, y mandó algún agente para que vigilase mi casa. Este agente cometió la imprudencia de entrar en el corral, y el perro por poco le mata.

Don Francisco, ante la seguridad con que Romero se expresaba, empezó á dudar.

—Tengo otros datos,—dijo,—para asegurar que D. Andrés Muñoz se oculta aquí.

—Quisiera conocer esos datos para demostrar á usted que no son exactos,—dijo Romero.

—Ya se los mostraré. Al efecto vamos á empezar el registro de su casa por el corral.

—Por donde usted guste, señor;—repuso el alcalde.

—¡Vamos!—dijo don Francisco. Y echó á andar precedido de Romero y seguido del inspector, que desde Madrid le acompañaba.

Romero, de acuerdo con Andrés, y sospechando que ésta ú otra visita análoga tendría que ir, se habían cuidado de preparar las cosas para demostrar que el agente *Pocito* había padecido una alucinación.

Cuando don Francisco dijo:—Empecemos por registrar el corral,—llevaba dos objetos. Cerciorarse de si se había recogido la carne que *Pocito* habla echado al perro y ver si el alcalde había recogido los documentos perdidos por el agente, en cuyo caso, era indudable que Romero en aquel momento mentía.

Afortunadamente para el alcalde, él había tenido la precaución de preveer estas dos cosas, y don Francisco, á poco que anduvo, halló la carne en un lado y los papeles perdidos por *Pocito* en otro.

Esta circunstancia casi convenció al jefe de seguridad de que Romero decía verdad; pero ante las afirmaciones de *Pocito*, cuyo celo y discreción tenía experimentados, no se decidió á reconocer lo que los hechos le estaban demostrando de una manera evidente.

—Sigamos registrando,—dijo don Francisco.

—Como usted guste,—repuso Romero, y guió al jefe de seguridad al pajar, á las cuadras, al sótano, que servía de bodega, y por último, á aquellas habitaciones de la casa que no eran dormitorios.

—Si usted me lo permite,—dijo el alcalde á don Francisco el Chico,—voy á avisar á mi familia y á la viuda del capitán Muñoz de su presencia de usted, para que se levanten y puedan registrarse sus dormitorios.

—Puede usted hacerlo,—contestó don Francisco.

Pero cuando el jefe de seguridad vió que el alcalde se disponía á poner en práctica lo que acababa de decir, sin

experimentar por ello la menor contrariedad, comprendió que sería inútil seguir el registro y quedó convencido de que el capitán no estaba allí.

Entonces llamó aparte al alcalde y le dijo:

—Por razones de índole gravísimas y reservadas, al gobierno interesa sobre manera conocer el paradero del capitán Muñoz.

—¿Pero no ha muerto?—preguntó con natural candidez Romero.

—No, señor, no ha muerto y esto debe usted saberlo por doña Blanca.

—Yo le aseguro á usted que lo ignoraba. Doña Blanca me aseguró que se había quedado viuda. Me dijo que su cuñado, el marqués de Moratalla, la había arrojado de su casa y que fué á refugiarse del hambre y la miseria en casa de un asistente de su marido. Me pintó con vivos colores sus sufrimientos. Refirióme cómo habían preso al asistente porque había falsificado la letra del difunto don Andrés para estafar al marqués de Moratalla, y por último, tantos y tantos hechos me contó, que yo, que aunque me esté mal decirlo, no tengo malos sentimientos, y la conocía desde hace muchos años, la ofrecí esta casa y aquí vive.

—¿Pero ella le ha dicho á usted que el capitán no vive?

—Naturalmente. Pues que si su esposo viviese, ¿iba yo á sacrificarme y á quitar el pan á mis hijos para dárselo á

ella? Esto aparte de que había yo de ser ó muy necio ó muy tonto para comprometer mi posición y hasta mis bienes protegiendo á personas que están fuera de la ley.

Este razonamiento de Romero acabó de disipar las dudas que aun se agitaban en el cerebro de don Francisco.

El jefe de seguridad, no encontrando qué objetar á lo expuesto por el alcalde, dió por terminada su misión, y después de aceptar el desayuno que Romero le ofreció, emprendió su viaje de regreso á Madrid, renegando de *Pocito* que le había dado sin necesidad lo que se llama una noche toledana.

¿Qué había sido mientras tanto de Andrés? ¿Cómo había logrado evadirse de la casa de Romero? ¿Dónde había hallado refugio seguro contra las persecuciones de la policía?

Recordará el lector que dejamos al capitán y á Romero refiriendo éste á su huésped todo cuanto sabía acerca del agente *Pocito*.

Luego que el alcalde dió fin á su relato, los dos amigos empezaron á convenir lo que habían de hacer, pues ni uno ni otro dudaba de que tan pronto como el agente llegase á Madrid, enviarían fuerzas de la corte para prender á Andrés.

La mayor dificultad con que tropezaban era la de buscar un sitio á propósito para que el capitán se ocultase en tanto se decidía lo que había de hacer; pero esta cuestión la tenia Romero resuelta, y no se engañaba, porque conocia perfectamente al sujeto de quien habia de solicitar tan señalado favor.

Tan pronto como Andrés y Romero dejaron ultimados los detalles que ya hemos visto si eran eficaces ó no, salieron de la casa montados en dos buenos mulos y se alejaron del pueblo por una estrecha vereda.

—Pero ¿á dónde vamos, amigo mio?—preguntó Andrés.

—Ya lo verá usted.

—¿Muy lejos?

—No, señor: poco más de una legua.

—¿Pero me lleva usted á algún desierto?

—No lo crea usted; le conduzco á casa de un amigo mio, donde podrá usted estar como en mi misma casa.

—¿Y cómo se llama ese amigo?

—Le llamamos *Venturoso*.

—¿Es hombre feliz?

—Sí y no.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo. Ha sido toda su vida el hombre más desgraciado del mundo; pero á lo mejor le ha soplado la suerte de tal manera, que hoy es rico y vive feliz, pues ha recobrado el buen humor de su juventud.

—¿Supongo, cuando usted á su casa me lleva, que será un amigo leal?

—Como un perro. Estoy seguro que ha de simpatizar usted con él. Es la bondad personificada. Pero en fin, ya se convencerá usted luego.

Hablando y comentando los sucesos de aquel día, se le hizo brevisimo el camino á Andrés.

Cuando Romero, echando pié á tierra frente á una preciosa casita de campo, le dijo «hemos llegado,» creía Andrés que acababan de salir del pueblo.

Tan corto se le habia hecho el camino.

Romero llamó á la puerta repetidas veces, y después de darse á conocer á uno de los criados de la casa, la puerta se abrió para dar paso á nuestros amigos.

—¿Y el tío *Venturoso*?—preguntó Romero.

—Durmiendo está,—repuso el criado.

—No lo crean ustedes,—dijo el llamado *Venturoso* adelantando del brazo de otro criado.—Estaba desvelado y me he quedado con éste jugando al tute. ¿Qué le trae á usted á estas horas por aquí, amigo Romero?

—Nada de particular. Ya ve usted: le traigo un huésped.

—Bien venido sea á su casa. Pero vengan ustedes allá dentro y estaremos mejor.

Pocos momentos después quedaban los tres solos, pues *Venturoso*, que era ciego, habia mandado retirarse á los criados, quedándose con los visitantes de conversación.

No hemos de reproducir lo que los tres hablaron. Baste decir, porque esto lo sintetiza, que el ciego *Venturoso* acabó con estas palabras:

—«Usted, caballero, es desde este momento mi hijo. Antes que á usted le toquen pasarán por encima de mí los policías.»

Romero, muy satisfecho, se despidió de sus amigos, quedando en participarle cuantas novedades ocurrieran.

Una vez solos *Venturoso* y Andrés, dijo el primero:

—Los viejos dormimos poco y mal; pero usted es joven y deseará acostarse. Voy á llevarle á su habitación; mejor dicho, nos llevarán á los dos, porque con mi ceguera soy un sér completamente inútil.

—Por mí no se moleste usted,—repuso Andrés.—Tengo la seguridad de que no he de dormir. ¡Estoy tan preocupado! Sin embargo, me retiraré para que usted descanse.

—¡No faltaba otra cosa! ¿Ahora si desea usted la soledad para pensar mejor?

—No por cierto. Si pensara en mi situación me desesperaría. Tanto es así, que huyo de la soledad, que si no fuese abusar de su amabilidad, le rogaría me dejase algún libro.

—¡Libro en casa de un pobre ciego entregado á manos de palurdos! Eso sí que hoy no puedo darle; pero no se apure usted por eso que si quiere distraer el tiempo yo puedo servirle. ¡Que más libro, como entretenimiento, que la historia de este pobre ciego!

—¿Sería usted tan amable?...

—¡No he de serlo! Es una historia vulgar; pero acaso le entretenga. Mire usted por dónde vamos á pasar la velada removiendo el pasado.

—¡No sé por qué creo que ha de librarme usted de la preocupación que embarga mi espíritu!

—Lo intentaré. Pues señor, y no es cuento. Los veinte primeros años de mi vida los pasé bastante bien. Mis padres tenían algunos ahorros y yo me los gasté alegremente. Estudié lo menos posible y me divertí lo más que pude. Así llegué al segundo tercio de mi vida sin haber acatado ninguna carrera ni haber hecho nada de provecho.

Fuí soldado: me batí diferentes veces siempre entre los héroes; pero siempre con la desgracia de que el último proyectil enemigo diera en el blanco de mi mismísima persona.

—¿Cuándo terminará la batalla?—preguntábanse mis compañeros. Un ¡Ay! respondiales.—¡Pues ya hemos concluido!—se contestaban viéndome caer á tierra exánime.

Llegué á sargento en diez años de lucha, con varias cruces, pregón de valentía; y cuando en mis ensueños de ambición veíame imponiendo leyes al mundo con la punta de la espada, tuve que abandonar el servicio por falta de salud, sin un real ni esperanza de obtenerlo, porque así paga el diablo á quien bien le sirve, aunque la patria sea madre cariñosa y compasiva, según cuentan los profanos en esto de sufrir calamidades.

¿Empleado? Lo fui há poco; y de mieles parecióles á muchos mi destino. ¡Vaya si estaba soberbio con mi banderola, mi fusil y mi uniforme más brillante que el sol mismo! Guarda de un real sitio, con diez reales diarios, casa, lumbre y algo más que al merodeo se debía, eran de presente una gran fortuna, y seguridades de muy risueño porvenir.

Pero hubo de ocurrirme que en una cacería en los montes de mi custodia, el último disparo tropezó con mi individuo, como en la guerra, y me dejaron cesante por inútil. ¿Mereci esto?

Sané y entonces hice propósito de no exponerme á los aciertos de los buenos y malos tiradores, y me dije: ¿Pero á qué acudo? ¿A la medicina? No tengo título, aunque mucho me seduce. Curas notables hice allá en mis años juveniles y más de un doctor de campanillas regocijárase con ostentar mi historia en ese punto. ¿Seré abogado? No carezco de verbosidad y de trastienda. ¿Mas dónde está la ejecutoria de mis estudios? ¿Venderé fósforos?

¡Qué hacer teniendo la noche para dormir y el día para ayunar! Y en interminables horas fábrica fui de bostezos y suspiros.

Mas la luz brilló súbitamente en el candil de mi cerebro. ¿A qué dedicarme más que á todo? A ser hoy Papa, mañana maestro de escuela, al siguiente general, al otro ninfa, boticario ó ama de llaves del género sospechoso? ¿Por qué no asociarme al sublime ejército de la andante

comiquería honra y perenne reflector de la literatura nacional y extranjera, pregón de nuestras glorias, amparo del genio desvalido, solaz de melancólicos, maestro del bien decir y siempre del mal pensar?

¡Actor! ese era mi sino, mi vocación, el único fin de mi existencia. Viajaría mucho; aprendería más; ¡Dios sabe si llegaría á representar á España, en la flor de las naciones extranjeras, que por esto de la declamación alguno que otro ha llegado á diplomático, y aun á mejores destinos empujóle la fortuna.

Una compañía trashumante me aceptó como bueno, que no me permitió la modestia sentar plaza en las que eran por entonces admiración de los cortesanos.

Como expresábame correctamente y con propiedad, tenía nociones de indumentaria y alcanzaba también algo de estética, pronto conseguí brotar á luz, debutar, poner un pié en el camino de la gloria y de la fortuna.

¡Qué noche, qué noche tan deseada! Los vecinos de Mazarambrón deben conservar recuerdos de ella.

Pero ahora, con toda confianza, mi querido huésped, ¿le cansa el libro? Si así es, lo cerramos y yo no me enfado, porque no soy el autor.

—Crea usted, amigo mío,—repuso Andrés,—que estoy pasando un rato delicioso.

—Con que se distraiga me basta.

Continúo:

Estrenábamos una obra en cinco actos *Hay moros en*

la costa ó el aguador de mi casa, producto trágico de un ingenio del lugar y tabla de nuestra salvación, según el empresario, que razones alegaba en pró de su creencia, pues era el autor primogénito del alcalde, y bien quistos habíamos de ser y más que satisfechos quedar de la generosidad del vecindario, si la mano del municipio coronaba en la escena al mayor monstruo que en el ramo de endecasílabos conoció y habrá de conocerse.

Efectos dramáticos contábanse por docenas. Había robos, batallas, incendios y otras pequeñeces de este jaez, con algún que otro intervalo cómico salpicado con habilidad pasmosa. No carecía en verdad de anacronismo. ¿Pero quién osa contener la fantasía de un retoño del primer contribuyente?

Era yo el protagonista, el aguador, y entraba en escena haciendo como que no estaba enterado de que unos moritos acababan de raptar á la hija de la casa.

El auditorio parecía consternado con lo ocurrido, y el mayor silencio reinaba en la cuadra, vulgo teatro.

Yo me adelantaba hacia las candilejas y decía con desaliento muy bien imitado y acentuando mi papel, que ni el más auténtico hijo de Gárria:

Yo siempre con la cuba: es mi destino;

¡Oh, destino fatal é hidroterápico!

En aquel momento notaba el desorden en que estaba el

mobiliario, y procurando horrorizarme y que se me pusieran los pelos de punta, añadía corriendo de un lado á otro:

¡Horror! ¿Qué es lo que veo? Estas pisadas
 Son de vosotros, sí, son de los bárbaros.
 ¿Qué hacer? ¡Oh, Dios! ¡A visaré al alcalde
 para que suene el toque de rebato!
 ¿Qué hacer ó qué no hacer? Pero ¿qué escucho?

(Oyendo el estruendo de un general que se aproximaba).

Huéleme que eso ha sido un cañonazo.

Pero ¡ay triste! que sin pólvora mas con todos los proyectiles de las huestes de aquellos contornos, dispararon de tal suerte contra mi los vecinos de Mazarambrón, que en un instante el escenario quedó convertido en estercolero á la par que reclamaban la cabeza del autor y del protagonista. ¿Y todo por qué? ¡Oh, gente de poco más ó menos, al fin zafia é ignorante! porque habían considerado una alusión lo de las pisadas de los bárbaros que á ellos me había dirigido al recitar el verso.

Aquella misma noche huímos del lugar, temiendo la ira del alcalde que nos acusaba de asesinos de las ilusiones de su primogénito, y á las pocas horas tuve que abandonar á mis colegas que teníanme por causante de sus desdichas.

—¡Es original la aventura!—exclamó Andrés que á no

estar en situación tan crítica habría reído con todas sus ganas.

—Como de mi vida. Pero prosigo.

Estaba yo tan engreído con mi profesión que antes morir,—me dije,—que renunciar á mis aficiones; que no siempre el público ha de ofenderse ni tener á mano materias combustibles con que premiar mis dotes escénicas.

La música. ¡Ah! La música á las fieras domestica y me dije:

Tengo voz, el alerta más sonoro que se daba en el ejército, según opinión de los peritos, salía siempre de mi garganta. ¿Por qué no dedicarme á la zarzuela en clase de barítono, de bajo ó de tenor, á escoger, según la conveniencia del que me contrate? ¡Qué agradable es morir cantando! Y qué artístico decir á la dama: Yo os adoro. ¿Lo dudáis? pues voy á persuadiros con acompañamiento de un poco de música.

Me dieron un papelito en una zarzuela de menor cuantía.

Yo salía á escena trinando.

Y el público me escuchó pateando.

¡Qué ovación más estrepitosa!

Ni la de Mazarambron.

Curéme con esto de mis aficiones á la declamación, y nada más natural que escribir un drama para distraer el apetito. El del hijo del alcalde era misérrima concepción en punto á efectos dramáticos. Yo terminaba con un cuadro

de muchas luces de bengala, en que aparecían todos generales de la Independencia, sin perjuicio de que las empresas pudieran ampliar el número con los ejércitos correspondientes. Exhibíanse además diez ciudades destruidas, varios usureros ahorcados por las turbas, dos combates navales y otros excesos y caprichos literarios del mejor gusto, al entonces mi juicio.

No hay que decir, después de esto, cuanto me elogiaron los que conocieron producción tan maravillosa, porque en ella todo era fantástico y de novedad. Dijérase dictada por todos los *monstruos* del Parnaso al mismísimo Apolo.

Entonces me atreví á llamar uno por uno á las puertas de todos los teatros; ¡pero qué de envidiosos hay en ellos! ¿Son colmenas de tales ó templos en que se rinde tributo al arte dramático?

Unos se excusaban con que sólo tenían un galán y eran necesarios seis para representar mi obra con el decoro debido: otros con que las condiciones de la sala no eran á propósito para resistir el estruendo de una batería, y alguno alegó el pretexto de que en su escenario no podía navegar un buque de alto bordo hasta que, reducido el número de actores, convertida la batería en un mosquete y suprimidas la embarcación y la tempestad, conseguí que una empresa se decidiese á representarla con el aparato de generales y demás requisitos que habían de darme honra y dinero. Pero ¡ay! que la empresa tronó el mismo día del estreno.

De buena me libré. Lo que no he podido todavía explicarme es como se apoderó de mí aquella monomanía cómico-literaria.

Renuncié á las letras con sus pompas y vanidades, por decreto de la suerte, y me dediqué á la química por si llegaba al descubrimiento de la piedra filosofal, que el que menos ve hay ocasiones que tropieza con lo más perseguido por los sabios.

No estaba por entonces el mundo político en el fiel de la balanza: conspirábase en todas las naciones y aquí, como en Rusia y en Francia y en Inglaterra, los enemigos del reposo público dedicábanse con frenesí á la aplicación de molinos y aparatos explosivos.

La policía no se daba punto de reposo en las tareas de inventar y descubrir conspiraciones, y yo fui una de las víctimas como autor de *crimenes secretos*.

Unas cuantas retortas y otros cachibaches encontrados en mi casa, desconocidos para el vulgo, me obligaron á emigrar por no habérmelas con la justicia, fácil en prender, siempre tardía en proclamar su error.

¿Qué hice lejos de mi patria? ¡Horrible vida la del proscripito! Di lecciones de guitarra, serví de clown sin gracia y sin fortuna, y terminé esta parte de odisea por países extraños, en otros oficios que no he de citar; pero que obligan á compasión por ser producto de vil miseria.

Volví, mejor dicho, volé á España, después de cinco años; que siempre es tierra de promisión en la que se ha

nacido por grandes que sean los infortunios en ella experimentados.

¿No había de encontrar una mano cariñosa que saludara mi regreso, ni unos ojos que derramasen una lágrima de alegría; que al marchar no había dejado recuerdos ni esperanzas, amigos ni familia? y sin embargo, parecíome más hermoso el sol, otra la vida, risueño el porvenir, en realidad trocada la esperanza...

Feliz trabajé con entusiasmo en lo primero que me deparó la suerte y obtuve un mediano pasar. Creyérase que mi mala estrella se había eclipsado, que todo el que mucho ha sufrido siempre es joven para soñar en mejor vida. ¡Oh ilusión, radiante faro sólo extinguido en el umbral del sepulcro!

Amé entonces con el frenesi del moro de Venecia, la abnegación de Romeo y la fe inquebrantable de Diego Marsilla. ¿Fué un ángel ó un demonio interpuesto en mi camino?

Por ella hubiera sido un santo ó un criminal, y fui un idiota, pues se casó con otro días antes del señalado para nuestra boda, que la exterioridad del individuo, el oro ó el ingenio son prendas seductoras que siempre eclipsan á las que con humildad se manifiestan.

Sufrij por el instante todos los horrores del desengaño; pero me resigné á la postre... cambiando de Julieta, y era há poco tan feliz, que dijérase no hubo acierto con el mío comparado.

Había nacido para los puros goces de la familia, y una eterna luna debía premiar tanto quebranto y amargura. Mas ¡ay! triste, que entonces comenzó en realidad la tragedia de mi vida. ¡Oh paraíso de mis amores que pronto te tornaste en infierno!

Dudé en un principio, que dudar es sonreír á una esperanza; adquirí el convencimiento más tarde; y cuando mis celos desbordados buscaban donde herir y castigar, hallé un hogar vacío, sin un eco cariñoso que al lamento de mi alma respondiese. ¿Dónde habría ido á esconder mi deshonra y su remordimiento?

Busqué vengativo y hube de cejar desalentado.

Tiempo después, cierta tarde que paseaba mis recuerdos dolorosos por las cercanías del estanque del Retiro, ví una barca en que iban un hombre y una mujer.

Parecían engolfados en dulce coloquio y la envidia mordiome el corazón. Mirábales fijamente sin alcanzar á distinguir sus fisonomías, cuando de pronto partió un grito del movable leño, al que contesté con un ¡ay! de desesperación. Porque era ella; el que la acompañaba mi único amigo.

¿Qué sucedió después? Recuerdo sólo que me arrojé al agua y que sentí un dolor terrible en la cabeza.

El resto me lo contaron en el Hospital cuando al abrir los ojos á la luz, el sol hirió en vano mis pupilas.

Ciega había sido la fortuna en ultrajarme y la naturaleza había completado la obra de la fortuna dejándome privado de poder ganar mi sustento.

Entonces, cuando me disponía á pedir limosna, tuvo la ocurrencia de morirse un tío, dejándome una fortuna considerable, de la que es parte esta hacienda y esta casa en que nos hallamos.

Renuncié al mundo y me encastillé aquí, donde vivo tranquilo, porque es tal mi fuerza de voluntad, que poco á poco he ido desterrando mis recuerdos.

Me llaman *Venturoso* por la hacienda heredada.

Acaso llegue un día en que con razón me lo llamen.

Calló el ciego.

Andrés quedó un instante reflexionando sobre lo que había oído y no saber qué admirar más si la resignación de aquel hombre, si la fuerza de voluntad y el valor de que había hecho uso en todos los actos de su vida.

—El libro se acabó,—dijo el ciego con afable acento. —Ahora probemos si el sueño nos rinde. ¿Quiere usted acostarse?

—Ya no. Falta poco para que venga el día y voy á esperar noticias del pueblo. Pero me voy al cuarto que usted me destine.

—Yo le guiaré.

—¡Un ciego sirviéndome de lazarillo!

—Pues verá usted como sirvo.

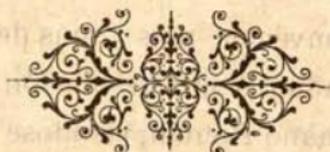
Los dos, patrón y huésped, cogidos del brazo atravesaron un pasillo, y llegando frente á una puerta, el primero dijo:

—Aquí es. Vaya, á descansar.

—No lo espero; pero gracias.

Venturoso se volvió á su cuarto, y aunque parecía desvelado, no tardó en dormirse.

Andrés, por su parte, pasó la madrugada pensando qué medios pondría en práctica para librarse de la terrible persecución que, convencidos de que vivían y ayudados por el marqués de Moratalla, iban á emprender contra él sus enemigos políticos.





CAPITULO XLVII

Buscando una solución

A medida que Andrés reflexionaba sobre su situación, se convencía más y más de que le era indispensable adoptar una resolución.

Su hermano Román, viéndose próximo á perder la fortuna de que arbitrariamente se había posesionado, le había delatado. La policia seguía sus pasos. Habían encontrado su refugio y era muy fácil que le prendiesen, si no un día, otro.

¿Qué adelantaba con albergarse en casa de *Venturoso*? El día menos pensado, cualquiera indiscreción le perdería.

Además, sabían sus enemigos donde Blanca vivía, y ejerciendo sobre ésta una activa vigilancia, ¿quién podía negar que fuese fácil dar con él?

Cuanto más cerca de su esposa estuviera, más probabilidades tenía de ser descubierto.

Quizás en aquellos momentos se dirigía en su busca la policía. Acaso en aquel instante mismo llegaran á la posesión de *Venturoso* para prenderle y conducirle á un calabozo del cual no saldría sino para ser fusilado.

No se le ocultaba á Andrés que no había otra solución posible que la que Romero le había aconsejado; pero ¿le era dable practicarla?

Para huir al extranjero, Andrés necesitaba:

Dejar á Blanca al abrigo de las necesidades de la vida y de cualquier complot que contra ella pudiese tramar el marqués de Moratalla.

Librar á Anselmo, su fiel criado, del calabozo en que estaba.

Y, por último, dinero suficiente para llegar á la frontera y hacer frente á la miseria y al hambre los primeros meses de emigración.

Cierto era que lo referente á Blanca podía decir que estaba arreglado.

Su esposa podría continuar viviendo con la familia de Romero, donde nada había de faltarle y para parar cualquier golpe que Román intentase, en Madrid quedaba Mendizábal; pero ¿y Anselmo? ¿iba á premiar con la más cruel ingratitud, con el abandono, al hombre que le había sacrificado su libertad y hasta su honrado nombre?

—¡Eso nunca!—exclamó Andrés.

El tercero de los obstáculos era también insuperable para Andrés.

Su fortuna toda, absolutamente toda, se hallaba en poder de Román, y por no tener siquiera una personalidad con la cual acudir á la usura para obtener el dinero que necesitaba.

La situación, en suma, no podía ser más grave ni más difícil.

Pensando en estas y otras muchas cosas análogas, permaneció Andrés, hasta que bien entrada la mañana sintió la voz de Romero preguntando por él.

Andrés, llevado de su ansiedad de saber si ocurría algo, salió al pasillo, y entonces pudo ver al alcalde de Fuente el Sax que corría hacia él, gritando:

—¡Albricias, don Andrés! Nos hemos salvado por el pronto. Son unos imbéciles esos policías de la corte.

—¿Qué ha pasado? ¿Y Blanca?

—Tan buena, capitán. Nadie la ha molestado ni ha pasado nada más sino que ha venido un señorón, á quien llamaban don Francisco, en coche; que ha registrado el corral; que le he jurado y perjurado que no sabía que usted viviera en el mundo; que le he asegurado que por lástima he dado casa á doña Blanca, y, en fin, que se lo ha creído casi todo y se ha vuelto á Madrid muy convencido de que era inútil proseguir sus pesquisas por ahora; pero no nos confiemos, don Andrés.

—No, amigo mío, no se puede. Hay que adoptar una

determinación. Yo no puedo permanecer más tiempo en esta casa.

—Me explicará usted esas palabras, amiguito,—dijo desde el fondo del pasillo *Venturoso*, que, como ciego, tenía los oídos en extremo listos, adelantando hacia el grupo que junto á la puerta del cuarto de Andrés formaban éste y Romero.

—Es bien fácil la explicación,—repuso el capitán;—pero ante todo, ¿ha descansado usted?

—Algo he dormido; pero vamos al caso. Decía usted que no podía permanecer en esta casa, y yo necesito saber por qué. ¿Le han dado á usted mal trato? ¡Ah! ¡Demonio! Ya sé lo que le han hecho. En primer lugar, yo le molesté anoche con una narración estúpida...

—Al contrario, me prestó usted un gran favor,—repuso Andrés.

—Nada, nada. Eso en primer lugar. Luego son las tantas de la mañana y aun no hemos almorzado. ¿No es por que se le cuida mal por lo que no puede usted permanecer en esta casa? Pues ya verá usted como todo se remedia. Por el pronto, vamos á almorzar los tres, y allí continuaremos la conversación.

Y quieras que no, *Venturoso*, asido al brazo de sus huéspedes, se dirigió al comedor, donde se había servido un almuerzo casi espléndido.

—Aquí, mi querido don Andrés, no comerá usted bien; pero el alimento es sano. Cocina española, nada de *extranjerismos*.

—Yo prefiero la cocina española,—dijo Andrés.

—¿Y quién no? Mire usted, durante el tiempo que viví en la emigración fui pinche de la cocina de un *hotel*, y tuve ocasión de aprender cómo se guisa en Francia.

—Composiciones químicas por alimentos,—dijo Andrés.

—Usted lo ha dicho. Y si no mire usted un *menú* de cualquier *hotel*.

Vermouth ó lo que es lo mismo agua con azúcar, y una buena dosis de ácido sulfúrico.

—¡Qué atrocidad!—exclamó Romero.

—Pues ese es el aperitivo de moda. Sopa de tapioca compuesta con fécula de patatas, y una sal de cobre.

—¿Y no revientan?—preguntó admirado el alcalde.

—Al fin y á la postre, sí; pero en tanto llega ese momento le encuentran deliciosa. Sigamos el *menú*. Mantequilla, para entremés. La fabrican con grasa de ternera coloreada con plomo. Asado de calidad inferior al que para hacerlo comestible hay que agregar sal de nitro. Trufas hechas con tierra modelada. Ensalada cuyo vinagre está hecho con vitriolo.

—¡Por Dios, *Venturoso!* que eso no es comida sino una receta.

—Pues faltan los postres. Crema de chocolate, hecho éste con azúcar de madera, óxido rojo de mercurio ó almazanón, café compuesto de hígado tostado de caballo, serrín de caoba y azúcar quemado; y por último una copita

de Kusch, que contiene una dosis más que regular de ácido prúsico.

—¡Qué horror!—exclamó Romero.—Sal de cobre, óxido rojo, mercurio y ácido prúsico. Vaya, vaya, que me dejen á mí en Fuente el Sax, comiendo patatas si es preciso; pero patatas de verdad, no de madera como las trufas de que usted habla, amigo *Venturoso*.

—Yo, don Andrés,—dijo el ciego,—como á la española, y procuro que sean cosas sanas. Le he dicho á usted esto desviándome de nuestra conversación aparentemente, para disipar su temor de que aquí se le vaya á cuidar mal.

—Es usted el hombre más original y oportuno que conozco,—contestó Andrés sonriendo.—Cuando dije que me era imposible continuar en esta casa me fundaba en lo mismo, ahora baso mi resolución de alejarme de aquí.

—¿Es decir que persiste usted?

—¡Qué remedio, mi buen amigo! La policía sospecha que me encuentro en el pueblo ó en sus alrededores, la menor indiscreción me descubriría, y ustedes no podrian menos de sufrir las consecuencias del favor que me hacen.

En cuanto á mí, ya sabemos lo que me sucedería. Cuatro tiros y á descansar.

—Hé ahí una razón que me convence. La última; que por lo que á mí toca, me tienen sin cuidado las responsabilidades que pudieran exigirme. Pero ¡demonio! ¡eso de que le peguen á un hombre cuatro tiros!... Hay que resolver esta cuestión.

—¿Y cómo? No hay más que un medio y ofrece tantos inconvenientes,—dijo Andrés.

—¿Qué medio es ese?—preguntó *Venturoso*.

—Marcharme al extranjero, como hizo usted cuando le hallaron los retratos, y le persiguieron como autor de *crímenes secretos*.

—No, ¡por Dios! amigo mío. En el extranjero se sufre mucho. ¿Pero qué digo? Se sufre cuando no hay dinero como me sucedió á mí; pero á usted le irá perfectamente.

—¿Puedo saber por qué razón?—preguntó Andrés.

—Pues es llano. Porque al capitán Muñoz no le faltarán mil duros cuando los necesite.

—¿Eso cree usted?

—Digo...

—Pues cree usted mal. Si el capitán Muñoz se va al extranjero tendrá que subirse en un andamio para ganar el pan de cada día.

—¡Oh, no!—repuso *Venturoso* con un tono tan enérgico y convincente, que Andrés y Romero cruzaron una mirada en la que parecían decirse: ¿Qué le pasa á este hombre?—Si el capitán Muñoz que en este momento acepta mi amistad puesto que parte el pan conmigo, tuviese que subirse á un andamio para ganar de comer, yo ciego y todo le buscaría para decirle:—Es usted un mal amigo, indigno que se le estime. Hágase usted cuenta de que jamás me ha hablado... Y sólo retirándole mi amistad quedaría yo tranquilo. ¿Pues qué es la amistad, entonces?

Andrés comprendió lo que con estas palabras había querido decir el ciego, y se apresuró á decir:

—No teme usted que llegue ese caso, porque ese único medio de salvación que tengo, no puedo ponerlo en práctica.

—¿Qué se lo impide?—preguntó *Venturoso*.

—Amigo mío, hay en el Saladero de Madrid un preso al que no puedo abandonar en su desgracia. Por mí se ha sacrificado cien veces, por mí sufre una condena, por mí ha manchado, para ante el mundo, el nombre honrado de su padre, atribuyéndose un delito que jamás pensó cometer. Yo no puedo abandonarle.

—¿Y quién dice que le abandone usted?—exclamó el ciego.—Se le saca de la cárcel y se van ustedes los dos á Francia ó á Pekin.

—Eso es difícil.

—No diré que es fácil; pero con astucia y dinero se consigue.

—¿Y cuándo no se tiene dinero?...

—Se busca.

—¿Recurriendo á los usureros?

—¡Jamás! ¡Los usureros! Buena gente esta. No olvidaré jamás á aquellos con quienes en mis malos tiempos bregué. ¿Hay sér más odiado que el usurero? Encerrado en lóbrega habitación de vieja casucha, sin fuego en invierno, sin un rayo de sol que alegre su morada, vestido con andrajos, flaco, enfermizo, mal alimentado y apartado del

mundo, de ese mundo que explota y sangra sin compasión, así vive.

Para él no existe más placer, más goce, más sentimientos que los que ocasiona el contacto del oro. Desprecia la grandeza, los placeres le son desconocidos, la mujer es un ser despreciable, el honor es cosa mezquina, la alegría una incoyunta que no se atreve á despejar, el amor un mito, la compasión, la familia, la virtud... fantasmas que persigue la humanidad y que él tiene siquiera curiosidad de conocer.

Vive en su madriguera escondido, contemplando el oro apiñado en su arca y confrontando los documentos de sus víctimas. No come, porque esto es lujo que no puede costear sin mermar su tesoro; amigos, no los quiere; placeres, los detesta; satisfacciones, ¿cuál mejor que la de contemplar su riqueza?

—¡Bien conoce usted al usurero!—exclamó Andrés.

—Desgraciadamente tuve que habérmelas con ellos. Despreciado por la sociedad, señalado con el dedo, aguanta con la sonrisa en los labios que le llamen judío, sufre su miseria con gusto y es feliz á su manera: como lo es el tiburón que se agita alrededor del buque esperando su presa, ó como el milano, que escondido en la capa del árbol ó en la roca, aguarda la cándida paloma que ha de destrozarse con sus garras.

Su alma, si la tiene, es incapaz de sentir el bien: su corazón insensible á las lágrimas y á las súplicas, su honor sordo á los insultos.

Siente sus fuerzas aniquilarse, experimenta el vacío en su derredor, y en vano busca á su lado un sér que le auxilie en su enfermedad ó que cierre sus ojos cuando la muerte le sorprenda... Todo esto cuesta, todo esto puede gravar su fortuna.

Allí encerrado y parapetado tras la vieja mesa de pino pintada de negro como su alma, recibe á las víctimas y pacta con ellas sus contratos.

Entonces, en aquel instante, para él supremo, se transforma: aquella cabeza siempre baja, se levanta erguida y orgullosa; sus ojos apagados de ordinario, brillan ante la perspectiva de nuevas ganancias, y entonces se muestra en toda su tiranía, precipitándose sobre la víctima, imponiéndole sus condiciones.

Más tarde, cuando en las sombras de la noche va al sitio donde esconde su tesoro, fruto de sus rapiñas, cuenta como el avaro, con deleite, aquellas monedas que al contacto de sus manos lanzan terribles quejidos: los de la infeliz viuda, del anciano padre, del desgraciado esposo que tienen que sucumbir ante él en un momento dado, para hacer frente á uno de esos tristes acontecimientos de la vida que lanzan al hombre á la desesperación y á la ruina cuando no al suicidio.

—¿Y á esos entes quiere usted que yo le enviase? ¡Por Dios, amigo don Andrés, no me injurie! Hemos convenido en que para huir usted al extranjero es preciso tener dinero y poder salvar de su prisión á ese fiel amigo. Pues

bien, manos á la obra. Dinero ya tenemos, ahora nos falta la astucia para excarcelar al preso del Saladero.

—¿Usted me permitirá que haga una observación?— dijo Andrés.

—¿Cuál?

—Parte usted de una base falsa.

—¿La del dinero?

—Precisamente.

—No lo crea usted. El tío *Venturoso* tiene en una arca vieja lo que usted necesite. La abro, toma usted de ella lo que necesite y cuando recupere usted su fortuna me lo reintegra. Si he muerto, lo da usted al asilo que se le antoje y listo.

—Yo le agradezco en el alma lo que me propone; pero no acepto.

—¿Por qué, mi querido huésped?

—Porque como pudiera suceder lo que usted ha previsto, podría ocurrir que me prendiesen; que me fusilaran; que mi fortuna quedase en poder de mi hermano y entonces...

—Entonces, don Andrés, cuando nos viéramos en el otro mundo ajustariamos cuentas. No hay que hablar más de este asunto y pensemos en la traslación á Madrid, porque á mi parecer, aunque sea algo arriesgado para dirigir la operación de libertad al preso, hay que estar en la Corte.

—¡Pero yo no puedo aceptar su ofrecimiento!—insistió Andrés.

—¿Acaso se cree usted humillado con ella?

—No por cierto; pero ¿qué títulos puedo yo alegar para merecer de usted este favor?

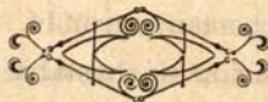
—¿Acaso no bastan los de la amistad ó es que el hijo del difunto marqués de Moratalla se desdeña de ser amigo del excómico de la legua?

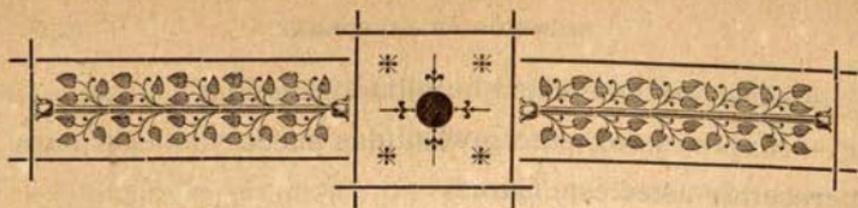
—¡Basta, mi querido amigo! —dijo Andrés con voz emocionada.—Me convence usted y acepto por mí y por los míos que nunca olvidarán al hombre generoso que tanto hace por ellos, sin conocerlos siquiera.

Romero estaba radiante de alegría y tan lleno de emoción que no teniendo palabras con que manifestar su gratitud á *Venturoso* por lo que hacia con Andrés, se arrojó al cuello del ciego y lo abrazó con toda la efusión de su alma.

El almuerzo, como se ve, había sido provechoso para el capitán.

Fué un almuerzo á la española, con el aditamento de una solución en vano hasta ahora buscada por Andrés para salvarse.





CAPITULO XLVIII

Regreso á Madrid

DURANTE todo aquel día, Andrés y el ciego estuvieron concertando lo que había de hacerse para efectuar el traslado á la corte.

Teniendo en cuenta las gestiones practicadas por la policía, ambos convinieron en que era más que probable que estuviese vigilado el camino de Fuente el Sax á Madrid.

No convenía, por consiguiente, seguir aquel itinerario, y era preciso realizar el viaje por Alcalá, aunque esto implicase dar un rodeo bastante grande.

Como esta precaución no bastaba, fué preciso adoptar otras, y después de larga deliberación, se concertó todo lo que había de hacerse para llegar á Madrid sin tropiezo.

Después de meditado y pensado, se llamó á consejo á Romero, el cual, por no dar que sospechar, se habia apresurado á volver al pueblo; y como el alcalde de Fuente el Sax nada tuviese que objetar á lo proyectado, todo quedó dispuesto para la marcha que habia de verificarse á la madrugada del siguiente día.

El plan consistía en que Andrés, disfrazado de carretero, iría guiando una galera, en la cual marcharía, vestido de labrador acomodado, uno de los criados de *Venturoso*.

Desde la hacienda del ciego se dirigirían á Alcalá, á jornadas lo más largas posibles, y desde Alcalá á Madrid se haría el viaje derecho y en la misma forma.

Para hacer frente á los gastos, que tanto para libertar á Anselmo, como para huir de España, habia de tener Andrés, *Venturoso* le entregó cuarenta mil reales, negándose á aceptar el recibo que el capitán le dió para su garantía y resguardo.

Aquella noche, Andrés, de acuerdo con Romero y con todas las precauciones posibles, se trasladó á Fuente el Sax para despedirse de Blanca, y poco después de las dos de la madrugada, regresaba á la hacienda.

No sin sorpresa vió el capitán la galera que él habia de guiar en la puerta de la posesión.

Sin embargo, como estaba en la creencia de que *Venturoso* le esperaba en su cuarto, se entró en la casa, con el solo objeto de despedirse de él; pero apenas habia dado

algunos pasos en el zaguán, oyó la voz del ciego que le llamaba.

—¿Dónde está usted?—preguntó Andrés, que por efecto de la débil luz que arrojaba el farol, único que había en el zaguán, no veía bien.

—¿Dónde he de estar? En mi puesto. Venga usted á ocupar el suyo.

—¿Cómo es eso? ¿Usted se viene á Madrid?

—Sí, amigo don Andrés. Es este un favor que le suplico no me niegue. Dirá usted que sólo serviré para estorbar; que un ciego es una carga pesada, todo cuanto usted quiera; pero crea usted que no viviría si me quedase en la hacienda.

—Pero ¿no comprende usted que se expone?

—¿Y qué me importa? Accede usted á mis súplicas, amigo mío. Desde hace algunos años he venido haciéndome la idea de que era un sér completamente inútil. La vida activa del hombre era para mí un sueño, un imposible, y me resignaba, y casi iba siendo feliz en mi tranquilo albergue. Pero ahora, al conocerle, al tomar una parte, aunque insignificante, en las aventuras de su vida, siento renacer en mi alma los recuerdos de mi vida aventurera, quiero poner á prueba mi ingenio nuevamente, quiero, en una palabra, vivir, salir de esa sepultura que tengo en vida, como usted salió del panteón de Avila. Me falta la luz de los ojos; acaso suple esta falta con la de la experiencia, y sobre todo, si usted se convence de que le soy

inútil, de que le estorbo, ¿tiene más que echarme de su lado?

—Hágase la voluntad de usted, amigo mío;—dijo Andrés.—Solo sentiré que por mi sufra usted siquiera un contratiempo.

—Gracias, don Andrés; me da usted la patente de vida, y este favor no lo olvidaré jamás. A Madrid pues, y que la fortuna nos proteja. ¿Está usted ya disfrazado?

—Sí. Me vestí antes de ir al pueblo.

—Entonces, á la galera. Vosotros,—gritó el ciego á los dos criados, que esperaban sus órdenes en el dintel de la puerta,—cuidad bien de la casa, y ya sabéis, si pregunta alguien por mi, diréis que me he ido á Madrid y que no sabéis cuándo volveré. Cuidado con hablar con nadie nada más.

Andrés, mientras tanto, se había subido á la galera, y arreó á los mulos, que empezaron á marchar en dirección á Alcalá, como estaba acordado.

El viaje hasta Madrid lo hicieron *Venturoso* y su supuesto criado sin el menor contratiempo, por más que en el trayecto Andrés se llevase más de un susto, pues sabido es, que el que teme un peligro, en todas partes lo ve.

Ya próximos á Madrid, el ciego dijo al capitán:

—Hasta aquí teníamos pensado lo que había que hacer, ¿y ahora?

—Nada he pensado, y en verdad que hay que ver cómo y dónde nos instalamos.

—¿Quiere usted que le diga mi opinión?

—Pongámosla en práctica, y así ahorra usted palabras.

—No por cierto; el asunto es muy serio y merece discutirse. Mi opinión es, que una vez en Madrid, nos hospedemos en un parador ó posada. Yo como amo, usted como criado, lo cual no quita para que, como yo soy ciego, le necesite á usted constantemente, y de aquí que no nos separemos ni aun para comer, y sí solo para dormir. Eso lo primero. Luego sería conveniente que me escribiera usted una carta, citando á su amigo más íntimo, al señor Mendizábal. Yo se la llevaría, mientras usted cuidaba de acomodar el ganado en las cuadras, y así hoy mismo podíamos dar los primeros pasos, porque, á mi juicio, no conviene perder tiempo.

—¿Qué se le ocurre á usted objetar á esto?

—Tan solamente una cosa. ¿Cómo va usted á ir desde la posada á la casa de mi amigo, sin una persona que le sirva de guía?

—¿Y esa es su objeción?

—Esa.

—Entonces, tranquilícese usted. Sé andar por Madrid perfectamente. Por lo demás, le ruego que me haga el favor de confiar en la discreción de un ciego. Su carta será entregada cuando yo esté convencido de que la doy al señor Mendizábal, no á otro.

—Eso no lo he puesto en duda un momento.

Conformes con el plan, apenas llegaron á la posada y se instalaron, Andrés escribió á su amigo rogándole que al instante y con las precauciones que estimara convenientes se presentara en la posada donde él paraba, preguntando por *Venturoso*, el cual le enteraría de lo que había de hacer para verle.

Sin más lazarillo que su báculo, *Venturoso* se dirigió desde la calle de Segovia donde la posada estaba, á la calle Mayor donde, como es sabido, vivía Mendizábal.

Una vez que dió con la casa subió la escalera y llamó en el cuarto de Mendizábal, no tardando en ser introducido por Blasa en el despacho del abogado.

—¿Es usted el señor Mendizábal?—preguntó el ciego.

—Servidor de usted.

—Entonces podrá usted informarse ahora de un asunto reservadísimo que aquí me trae.

—Sí, señor; no tengo inconveniente.

—Es que quisiera tener la seguridad de que nadie, ni familia ni criados nos escuchan.

—Puede usted hablar con toda confianza. Estamos solos.

—Sabe usted que las paredes á veces oyen y que nadie está libre de un espía.

—Caballero, puede usted hablar ó callarse, como gusté; pero puedo asegurarle que nadie nos oye.

—Entonces, señor Mendizábal, voy á hacerle una pregunta. ¿Conoce usted al capitán D. Andrés Muñoz?

Mendizábal, á quien las precauciones de *Venturoso* habian puesto en cuidado, sospechó que aquel hombre podia ser un espía del marqués de Moratalla y se puso en guardia, contestando:

—Le conozco.

—Pues bien; yo soy su amigo.

—Bien, no lo dudo. ¿Y qué queria usted?

—Nada más que asegurarme de que era usted el señor Mendizábal para poder entregarle esta carta.

Y á un tiempo que esto decia *Venturoso* extendía la mano con la carta hacia el sitio en que estaba el abogado.

Apenas Mendizábal fijó la vista en el sobre, conoció la letra de Andrés.

Abrió impaciente la carta y después de leída, exclamó:

—Andrés está en Madrid. ¡Qué locura!

—Acaso piense usted de distinto modo cuando sepa que le era imposible permanecer en Fuente el Sax. Pero no quiero privar al capitán de la satisfacción de referir á usted lo sucedido y con el permiso de usted me retiro, permitiéndome recomendarle que observe muy bien si le sigue alguien cuando se encamine á la posada y que una vez allí pregunte por mí,—*Venturoso* me dice todo el mundo,—y no por don Andrés; pues el capitán es lisa y llanamente mi criado, carretero y lazarrillo.

El ciego abandonó la casa de Mendizábal, dejando á éste admirado de la astucia y habilidad de *Venturoso*.

El desinteresado protector de Andrés, por su parte, re-

gresaba á la posada muy satisfecho de cómo había llenado su cometido.

Dos horas después el capitán y Mendizábal se unían en estrecho abrazo.

No hemos de reproducir la conversación que por espacio de más de tres horas sostuvieron los dos amigos.

Desde su *resurrección* hasta el momento en que se hallaban, todo lo que revestía algún interés lo refirió Andrés á su amigo.

La carta al marqués, el comportamiento de éste con Blanca, la huida á Fuente el Sax, la acogida de Romero, todo esto cuyos pormenores por no afectar á Blanca en su anterior entrevista con Mendizábal el capitán había suprimido, lo refirió á su amigo.

Luego le puso al tanto de lo sucedido. La ida de *Pocito* al pueblo, el espionaje de que fué objeto, la escena del corral con *León*, el regreso del agente á Madrid, la visita de D. Francisco el Chíco, su huida á la posesión de *Venturoso*, el comportamiento de éste, su resolución de marchar al extranjero y por último su propósito de libertar á Anselmo para huir en su compañía.

—Ahora que estás de todo enterado, mi querido Rafael, excuso decirte que contigo contamos para realizar mi plan.

—Veo una dificultad, casi insuperable.

—¿La de libertar á Anselmo?—preguntó el capitán.

—Esa.

—Pues si es así, no hemos hecho nada. Sin él no me voy.

—Anselmo es un preso importantísimo, hoy que el gobierno sabe que vives y que te buscan con empeño. ¿Recibiste mi carta en la que te hablaba de él?

—Sí, y por cierto que me alarmó. ¿Acaso esos canallas se han atrevido á causarle mayores males?

—Anselmo está en la enfermería desde hace unos días, á consecuencia de una paliza que le hizo dar don Francisco el Chico por negarse á declarar donde tú te escondías.

—¡Pobre Anselmo! ¡Cuánto tengo que agradecerte!

—A tu criado, mejor dicho, á tu amigo, porque es el más bueno y leal de cuantos hombres nacen, se le vigila, y aun conmigo, que soy su abogado, se guarda todo género de precauciones cuando le visito. Creo, por consiguiente, muy difícil su evasión; más aún: la juzgo imposible.

—No nos desanimemos, señor de Mendizábal,—dijo *Venturoso*.—En este mundo nada hay imposible, aunque haya cosas muy difíciles. Pensemos, estudiemos los medios, y estoy seguro que cuando menos se piense se encuentra la deseada fórmula.

—¡Figúrese usted si yo me alegraría!

—Por lo pronto, Rafael,—dijo el capitán,—convendría que acudieses á nuestros amigos antiguos para solicitar su ayuda.

—No tengo inconveniente; pero ¿lo has pensado bien?

—Don Andrés,—dijo el ciego,—cosa es esa que debe usted meditar, porque no todos los conocidos son amigos, y porque un secreto entre tres podrá serlo; pero entre muchos...

—Tienen ustedes razón. No conviene. Pero ¿quién va á ayudarnos?

—La suerte, amigo don Andrés,—dijo el ciego.—Yo me he pasado mi vida entera, porque estos años que aliento últimamente es la propina que me dan, con la peor suerte que disfrutó mortal ninguno. Pero ahora, cuando en realidad no lo necesito, todo me sale á pedir de boca. ¿Quién le dice á usted que no soy tan afortunado que logre lo que el señor Mendizábal hace un momento calificaba de imposible?

—¡Tal vez sea así!—dijo Mendizábal, al mismo tiempo que hacía una seña á Andrés para que no confiase en los optimismos de *Venturoso*.

—Lo que es por intentarlo, no quedará,—repuso el ciego.—¿Dice usted que el preso se encuentra en la enfermería?

—Sí, señor.

—¿Y de allí no hay medio de evadirse?

—Ni mucho menos.

—¿No se puede comprar á los carceleros?

—Hoy día no, por más que se ha hecho infinitas veces.

—¿Ni cabe burlar su vigilancia?

—Tampoco.

—¿Y de acuerdo con otros presos, no se conseguiría nada?

—Ese es el peor medio.

—Veo que para tí, mi buen Rafael, todo es imposible, —dijo Andrés.

—¿Qué quieres? ¿Que te engañe pintándote fácil lo que, ya lo he dicho, es imposible?

—Sin embargo, hay que hacer.

—Y se hará; pero habrá que esperar ocasión.

—¿Y si en tanto me descubren y me prenden?

—¡Qué situación tan difícil!—exclamó el abogado.

—Momentos hay,—dijo Andrés,—en que si no fuera pensando en Blanca, que quedaría sola y sin calor de nadie, me entregaría yo mismo á mis verdugos.

—Vaya, señores, más calma, y á reflexionar bien lo que conviene.

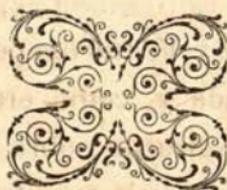
Esta entrevista se va haciendo demasiado larga y puede infundir sospechas. Separémonos, y cuando mañana nos veamos, á ver si alguno ha pensado algo que sea factible. ¿No les parece á ustedes que conviene hacerlo así?

Aprobada la idea, Rafael Mendizábal se despidió de su

amigo y de *Venturoso*, y se alejó de la posada disgustado de ver que Andrés se negaba á huir sin Anselmo, pues abrigaba la seguridad de que no había probabilidad de salvar al fiel criado, dada la vigilancia que sobre él se ejercía.

CAPITULO XLIX

Desembarco y liberación





CAPITULO XLIX

Desaliento y libertad

GL capitán Muñoz y *Venturoso* permanecieron todo el día en la posada y, como era natural, todas sus conversaciones giraron sobre el mismo tema: comentarios acerca de lo manifestado por Mendizábal á propósito de lo imposible que era libertar á Anselmo.

Andrés trataba en vano de ocultar la impresión que le habían causado las declaraciones de su amigo.

Había perdido sus ilusiones; ya no hablaba de su proyecto de partida, y parecía dispuesto á dejarse prender sin intentar siquiera la defensa.

Aunque *Venturoso* procuraba prestarle ánimos, era inútil el intento. Las esperanzas de Andrés se habían desvanecido.

Así pasó el día y las primeras horas de la noche.

Cuando los dos amigos se separaron, el capitán dijo á *Venturoso*:

—Creo que perdemos el tiempo inútilmente. ¿Por qué no regresa usted á su finca y deja una empresa que, ya lo ha oído, es imposible de realizar?

—Por una razón muy sencilla,—repuso el ciego.—Porque confío en el éxito.

—Le creía á usted menos optimista.

—¿Qué quiere usted? Cada uno ve las cosas á su manera. Ustedes creen imposible la evasión de un preso, y yo no. Eso es todo. ¿Por qué desesperar, cuando sólo hace unas cuantas horas que hemos llegado á Madrid?

—Pero ¿no ha oído usted á Mendizábal?

—¡No he de haberlo oído!

—Ya ve usted que él lo conceptúa imposible.

—Es una opinión tan sólo.

—Pero autorizada, porque conoce el terreno.

—¿Quiere usted hacerme caso?

—¿Por qué no?

—Pues entonces duerma usted tranquilo esta noche y mañana ya veremos que se hace. Hasta ahora no hemos pensado nada y no me negará usted que podemos tener una idea alguno de los tres que haga desistir de su primera opinión al señor Mendizábal.

—No confío.

—Peor para usted, porque la esperanza es siempre lo último que debe perderse.

Venturoso dió con esto por terminada la conversación y Andrés se retiró á su cuarto, no sin antes, recordando su papel, dar una vuelta por la cuadra para ver si le habían echado pienso á las mulas.

Mala noche fué aquella para los dos amigos.

Andrés, contagiado del pesimismo de Mendizábal, no se ocupó siquiera en buscar el medio de libertar á Anselmo, base de todo el proyecto, pues cada vez se aferraban uno y uno á su determinación de no huir sino en compañía del fiel amigo á quien tanto tenía que agradecer.

Rendido por el cansancio de la materia y del espíritu, cuando amaneció logró Andrés dormirse.

Pero su sueño fué intranquilo. Tuvo terribles pesadillas y al fin despertó sobrecogido al sentir las balas que se estrellaban sobre su pecho.

Sonaba que había sido preso y que se cumplía el fallo que le condenaba á morir fusilado.

Mientras tanto *Venturoso*, á quien las manifestaciones hechas por Mendizábal no habían conseguido desanimarle y que se sentía contrariado ante la actitud de Andrés, daba vueltas á su imaginación buscando un medio factible de arrancar á Anselmo de manos de su carcelero.

Tendido sobre su lecho, *Venturoso* iba examinando una por una las ideas que acudían á su cerebro y forzaba su imaginación para recordar todas las historias de evasiones que había leído ó que había oído referir.

Si aunque mal, Andrés había logrado dormir algunos instantes, el ciego no pudo conseguirlo; pero en cambio, el capitán se había levantado por la mañana con las ilusiones muertas y sin una idea conducente al fin que perseguía, en tanto que *Venturoso* tenía que hacer esfuerzos para ocultar su alegría.

Recordando cuentos y añejas historias, vino á la memoria del ciego la de un reo condenado á muerte que desde la capilla logró evadirse, merced á los hábitos que le prestó uno de los sacerdotes que le auxiliaban.

—¡Hé aquí la base de mi proyecto!—se dijo el ciego, y poco á poco fué meditando el plan y salvando las dificultades que ofrecía.

Cuando aquella mañana Andrés entró en su cuarto, *Venturoso* le dijo:

—¿Qué tal la noche?

—Muy mala.

—¿Pero no la ha aprovechado usted? ¿No se le ha ocurrido nada?

—Nada.

—Pues á ese paso nunca saldremos del atolladero.

—¿Usted ha pensado algo?

—Quizás sí; pero está muy en embrión y nada quiero decir hasta que le haga unas cuantas preguntas al señor Mendizábal.

—Pues entonces,—dijo Andrés,—poco tenemos que esperar, porque aquí está nuestro amigo.

Efectivamente, en aquel mismo momento Mendizábal entraba en el cuarto de *Venturoso*.

—¿De qué se trata?—preguntó el joven después de saludar.

—De unas preguntas que queremos hacerte.

—Diga usted, señor Mendizábal: ¿Cuántos empleados de la cárcel cuidan en la enfermería de los presos!

—Por regla general uno solo.

—¿Y suele haber muchos enfermos?

—Regularmente, uno ó dos á lo sumo; porque si ofrecen algún cuidado, les llevan al Hospital, y si no es más que una indisposición lo que padecen, les dejan en sus calabozos.

—Continúo mis preguntas.

—Yo tengo mucho gusto en contestarlas.

—Si un preso que esté en la enfermería se agrava y llama á un notario, pariente ó cura, ¿éstos pueden entrar á verle?

—La pregunta es muy ambigua. Convendría precisarla.

—Supongamos que el preso se siente muy grave y llama á un confesor determinado: el cura de la parroquia inmediata, por ejemplo. ¿Puede auxiliarse ese cura?

—Sí, señor.

—¿En la enfermería?

—¿Por qué no?

—¿Y sin que esto haga acude á aquel local personal extraordinario?

—Así lo creo.

—Pues si eso es así, creo que podremos salvar al preso.

—No hay más que un inconveniente grande, sobre los mil pequeños que el asunto ofrece.

—¿Y es?

—Que falta el cura. Porque supongo que lo que usted ha procurado es que el preso y el sacerdote cambien de ropa ó de situación, mejor dicho.

—Precisamente.

—¿Y quién es el que se presenta á reemplazar á Anselmo?

—Ya se buscará.

—Veo muy difícil encontrar quien se exponga á correr el riesgo de recibir una paliza de esas que cuestan poco menos que la vida, y á ir á presidio por algunos años.

—Pero ¿usted cree que es realizable, posible el cambio de situación, estudiando bien la cuestión y tomando todo género de precauciones y medidas?

—Yo sí lo veo factible.

—Entonces no hablemos más del asunto; hasta mañana.

—¡Es usted muy optimista!—exclamó Mendizábal.

—No lo crea usted. Es que lucho y trabajo para vencer los inconvenientes; y mientras trabajo y lucho tengo esperanza.

—Pero no hablemos más de la cuestión. Lo que sí le suplico es que mañana venga muy temprano para que si

es preciso vaya pronto al Saladero á dar instrucciones al preso.

Aquella tarde, después de comer, *Venturoso* cogió su báculo y se dispuso á marchar.

—¿Qué es eso? ¿Va usted á salir?

—Saldremos los dos.

—¿De día?

—¿Qué le hace? Usted se quedará en la taberna de la esquina, donde un carretero no puede infundir sospecha. Yo, mientras, voy á hacer unas diligencias, y á la vuelta le recogeré para que nos vean salir y entrar juntos en la posada.

Así lo hicieron y Andrés quedó esperando el regreso de *Venturoso* donde éste le había dicho.

Dejemos al capitán en la taberna consumiendo un jarro de vino, como cumple á un carretero, y sigamos al ciego que tanteando el terreno con su báculo se dirigía hacia la calle de Embajadores.

Una vez allí, preguntó á un transeunte por el número 68.

—Dos casas más abajo,—le dijeron,—y *Venturoso* llegó sin dificultad á la casa que buscaba.

Al subir el escalón del portal sus piés trópezaron en un envoltorio de ropa.

—¡Por vida del hombre!—gritó una voz.—¡Ni que estuviera ciego!

—Lo estoy, señora, y por eso he tropezado.

—Es verdad,—repuso la mujer.—Pues perdone, hermano, no lo había visto.

—¿Quiere usted decirme, si lo sabe, si vive en esta casa Manuela García?

—Ni en ésta ni en ninguna, porque hace tres años que la enterramos.

—¿Y sabría usted decirme dónde para su marido, un tal Miguel?

—Eso es muy difícil, porque él cuando no está preso le andan buscando. Pero, mire usted, ahí en frente vive su hija: ella le sabrá dar razón.

—Muchas gracias, y usted dispense.

—Vaya usted con Dios y no hay por qué.

Venturoso cruzó la calle y preguntó en la casa de enfrente por la hija del hombre que buscaba.

—¡Lola!—gritó desde el patio una cigarrera á la que el ciego preguntó:—Baja, hija, que hay aquí un ciego que quiere *verte*.

Un momento después la llamada Lola decía á *Venturoso*:

—Mire usted, yo no sé dónde estará mi padre, pero si no está en la taberna de la Morros, que es la única que le fía, búsquele usted en el Saladero.

El ciego *Venturoso* estaba decidido á buscar á Miguel y después de informarse de donde tenía la Morros su taberna, se encaminó allí.

Por fortuna no estaba lejos.

—¿Quiere usted decirme,—preguntó á la tabernera, que era una mujer con la estatura de un hombre y bastante mal parecida,—si viene aquí un tal Miguel?...

—Como no sea este,—y señaló á un hombre muy mal trajeado que estaba sentado junto al mostrador jugando al mus.—Oye, Miguel, aquí te buscan.

—¿A mí?—preguntó el aludido.

—Sí, á ti es á quien busco,—dijo *Venturoso*.

—Pues soy con usted en acabando este juego.

Cinco minutos después el ciego y aquel hombre sostenían en la alcoba de la taberna, única habitación hasta cierto punto reservada de la casa, el siguiente diálogo:

—No me conoces, ¿verdad?—preguntó el ciego.

—No recuerdo.

—Pues yo á tí sí, á pesar de que soy ciego; pues te he visto antes de ahora y podía decir á la justicia algo que le interesase y que á tí te costaría por lo menos veinte años de presidio.

—¿A mí?

—Sí; á tí que hace cinco años, en la calle de la Luna, una noche oscura como boca de lobo...

—Calle usted y diga lo que quiere de mí.

—Proponerte un negocio.

—¿De qué clase?

—Poca cosa. Necesito un hombre que entre en la cárcel disfrazado y una vez allí dé su traje á un preso y lo deje marchar quedándose en su puesto.

—¿Algún condenado á muerte?

—No; un preso por intento de estafa.

—¿Con mucha pena?

—Un año á lo sumo.

—El asunto es serio.

—También es respetable la recompensa.

—No me conviene.

—Entonces tendré yo que decir á la justicia lo que pasó hace cinco años una noche en la calle de la Luna.

—¡Vamos despacio, hombre! Usted lo que quiere es que se escape un preso, quedándome yo en su lugar. Esta operación me puede costar un par de años de cárcel y una paliza. ¿Cuánto voy ganando?

—Fija tú el precio.

—Mil duros.

—Con ese dinero abro yo de par en par las puertas del Saladero y no queda en él ni un preso. Te daré mil pesetas y no hablemos más.

—No me conviene. Diez y seis mil reales.

—Mira, Miguel, no me gusta regatear nada y voy á hacer una proposición: Si haces lo que te he dicho, te doy diez mil reales que deposito donde quieras. Sino, le diré á la justicia lo que hace cinco años que ella busca sin resultado.

—¿Y me da usted diez mil reales si me quedo en lugar del preso?

—Te los doy.

—No hay más que hablar. ¿Cuándo hay que hacerlo?

—Te avisaré.

—¿Será pronto?

—Dentro de dos ó tres días.

—Me alegro. Los tragos amargos, pasarlos pronto ó no pasarlos. ¿Dónde nos veremos?

—Aquí todas las noches á las ocho.

—No faltaré ninguna.

—Pues hasta mañana ó hasta pasado mañana.

—¿Puede usted adelantarme algunos cuartos?

—Toma un duro.

Venturoso dió un duro á aquel hombre y salió de la taberna, muy contento del resultado de la entrevista.

Media hora después se reunía con el capitán.

—Don Andrés, deseche su mal humor. Ya tengo cura para salvar á Anselmo.

—¿Qué dice usted?

—Lo que oye. Ahora sólo falta que el señor Mendizábal y la fortuna nos secunden.

Han pasado tres días desde que tuvieron lugar los sucesos referidos.

Declinaba la tarde.

El Guadarrama enviaba envuelto en finísimo gris sus célebres pulmonías á los vecinos de la corte.

En la enfermería de la cárcel de hombres, Anselmo, postrado en la cama exhalaba débiles quejidos, como si sintiera que sus fuerzas se agotaban por el dolor.

Un practicante, recostado en un sillón, miraba indiferente al preso.

A la puerta un celador fumaba tranquilamente, mientras daba paseos por el corredor:

—Señor practicante,—dijo Anselmo,—estoy muy mal. ¡Por Dios, deme usted algo que calme mis dolores! Me siento morir.

—¿Dónde tienes el dolor?—preguntó el enfermero sin moverse de su sitio.

—Aquí; en el pecho y en el costado.

Además, las sienes me arden. ¡Por Dios, no me dejen morir como un perro!

—Ya se te cuida.

—Que me lleven al Hospital,—dijo Anselmo.

—Eso debían haber hecho,—repuso el practicante;—pero lo han prohibido.

—¡Ay, ay!—gimió Anselmo.—¡Me muero!

Esta vez el practicante se aproximó al lecho, preguntando:

—¿Pero qué te duele?

—Todo mi cuerpo... Me ahogo... Me faltan las fuerzas. Que avisen á un confesor... Que venga el padre Rodríguez de San Antón.

Soy cristiano y quiero confesar.

—¿Pero tan mal te sientes?

—Sí, señor; muy mal. ¿Me van á dejar morir así? Que avisen al padre Rodríguez; es mi padrino, mi amigo.

—Bueno, hombre, espérate. Lo diré al celador.

El enfermero salió al pasillo donde el celador estaba y le dijo:

—Mire usted, el preso se ha agravado; yo no creo que se muera; pero es un santurrón y quiere que se avise á un cura padrino suyo para confesarse. ¿Qué hacemos?

—¡Toma! pues lo que se hace siempre. Avisarle. Lo menos que puede hacerse en obsequio de un preso es dejarle morir á gusto.

—Entonces mande usted que avisen.

El practicante se entró en la enfermería y arrellanándose en el sillón, le dijo á Anselmo:

—Ya puedes estar tranquilo por tu alma: van á avisar á tu cura.

—Sí, que le avisen pronto, antes de que cierre la noche porque yo me muero.

Y Anselmo continuó dando quejidos hasta que abriéndose la puerta de la enfermería, entró un sacerdote en ella.

—¡Padre Rodríguez!— exclamó Anselmo al verle.— Venga usted. Quiero confesarme porque me muero.

El practicante ni siquiera se levantó de su sillón al entrar el sacerdote.

Este llegó junto al lecho y empezó la confesión.

—Procure usted agravarse,—dijo el confesor al enfermo,—para que este hombre salga un instante al cuarto del botiquín.

—Descuide usted que así lo haré.

—Vamos, que no hay que perder tiempo.

—¡Ay! ¡me ahogo, me ahogo! ¡Socorro!...

—¿Qué pasa?—preguntó el practicante incorporándose y acudiendo al lado del enfermo.

—Que se ahoga,—dijo el confesor.—Dele usted algo, si no quiere que se muera antes de acabar la confesión.

—Espérense. Voy en seguida.

El enfermero salió precipitadamente de la habitación, entrando en otra inmediata donde estaba el botiquín.

—Vamos,—dijo el sacerdote, despojándose de los hábitos.—¡Deprisa!

Y de un salto se precipitó en el lecho, mientras que Anselmo se vestía el traje talar, y embozándose en el manteo, abandonaba la enfermería, y poco después el Saladero, sin que nadie le dijese una palabra.

En la calle de San Mateo, había un coche parado.

Anselmo abrió la portezuela y entró.

Unos brazos se ligaron estrechamente á su cuello, en tanto que decían á su oído:

—¡Anselmo, mi querido Anselmo! ¡Al fin te salvaste!

En esto, el coche echó á correr precipitadamente, y no paró hasta llegar á la posada donde se hospedaban Andrés y *Venturoso*.

Del vehículo descendieron dos seglares, pues á prevención, para no dar que sospechar, el capitán se había llevado, oculto en el coche, un traje como el suyo, de carretero.

Los hábitos del padre Rodríguez, los bajó Anselmo envueltos en un pañuelo de yerbas.

Cuando un instante después entraban Andrés y su fiel Anselmo en el cuarto de *Venturoso*, el primero exclamó, señalando al ciego:

—¡Ese es tu salvador!

—¿Ve usted, don Andrés, como en este mundo no hay nada imposible?

Mientras tanto, en el Saladero tenía efecto la siguiente escena.

El practicante, todo presuroso, volvió con un calmante, cuando se encontró sin el cura.

—¡Calle! ¡Pues se ha marchado! Bien mirado, ha hecho bien. Así deja en paz al enfermo.

—Vamos, hombre, bebe y no te asustes.

Como en el cuarto de la enfermería apenas había luz, el practicante no pudo ver la sustitución de personas que se había operado en su ausencia.

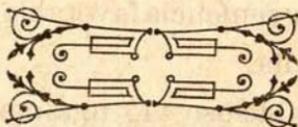
El *enfermo* hizo como que tomaba el brebaje, y se volvió hacia la pared para ocultar el rostro.

Hasta la mañana siguiente no se descubrió la suplantación operada.

Miguel confesó su falta, y aunque le obligaron á cantar, como no sabía más sino que era un ciego el que con él habia pactado el arreglo, nada pudo decir.

Gracias á esta estratagema, en más de una ocasión empleada, pero bien dirigida, Anselmo recobró su libertad.

Aquella noche misma, Andrés y su fiel asistente salían para Francia.





CAPITULO L

El golpe de gracia

PA impaciencia, el anhelo de Román por obtener en su pleito una sentencia favorable, acentuábanse más y más cada día.

Aquel ambicioso vió totalmente destruidas sus menguadas aspiraciones, merced á la excepcional habilidad del abogado Mendizábal.

Los obstáculos que Román opusiera al cumplimiento de la última voluntad de su hermano Andrés, habían sido sabiamente burlados por tan experto jurisconsulto.

El talento y la elocuencia de Mendizábal eran siempre, en las luchas del foro, dos armas verdaderamente terribles.

Cierto día hallábase sentado el marqués junto á la mesa de su despacho.

Una idea predominante, exclusiva, avasalladora, parecía invadir en absoluto su cerebro.

El noble examinaba unas voluminosas cuentas, repasábalas multitud de veces, y como si le abrumase la fatal elocuencia de los números, suspendía á intervalos su tarea para entregarse á la meditación.

—¡Ah! No puede ser,—exclamaba luego para sí.—Devolver á mi hermano la herencia que le pertenece, es decretar yo mismo mi propia ruína. ¡Jamás! ¡imbécil, jamás!

Y haciendo visible en su rostro una mueca horrible y tornándose pálido como un difunto, el marqués contemplaba de nuevo las cuentas con ojos espantados.

Convencido de su desdicha, arrojó la pluma de su mano; golpeóse colérico la frente y poniéndose de súbito en pié, comenzó á pasear como un loco á lo largo de la habitación.

Unos cuantos minutos permaneció Román en esta actitud anormal y nerviosa, hasta que, dando tregua á su inquietud, repuso con palabra más serena:

—Que estoy al borde de la miseria, es innegable; que no me queda otro recurso que la muerte, es cuestión perfectamente resuelta; sin embargo, los hombres de mi entereza no decaen nunca, y á trueque de aniquilar á la sociedad con el brillo y esplendor de una fortuna considerable, soy capaz de cualquier cosa: ¡oro, riquezas, mujeres hermosas, eso, eso es lo que mi cerebro enardecido reclama!

Una sonrisa diabólica y sensual dibujóse con caracteres acentuados en el rostro del marqués y un movimiento psíquico de su conciencia obligóle á detenerse breves instantes.

Román quedóse como petrificado en el centro de su gabinete.

Caída la cabeza sobre el pecho, cruzados los brazos, absorto en profunda reflexión, mirando con aterradora fijeza á un ángulo de la estancia, el desdichado parecía un demente.

De tiempo en tiempo, el aristócrata entablaba á media voz un diálogo original consigo mismo.

Luego volvía á caer en su primitiva preocupación, hasta que rompiéndose el equilibrio entre la articulación de sus juicios y la resistencia de sus facultades discursivas, gritó en medio de una cinica carcajada:

—¡La conciencia! ¿Y á mí qué me importa la conciencia? ¿No tiene por pedestal en la actualidad el sibaritismo, la abundancia, el placer, el *confort*?

¿No alcanzan un sentido acomodaticio su virtualidad, su naturaleza, sus funciones peculiares?

¡Ah! El mundo llama imbéciles á los que no saben hacer dinero y yo no he de pertenecer á esta cuerda ¡voto á cien bombas!

Román volvió á reirse descaradamente de su ocurrencia y acercándose presuroso á la pared, oprimió un timbre eléctrico que junto á la mesa del despacho había.

Un criado vestido de rigurosa etiqueta apareció inmediatamente en el umbral de la puerta del despacho.

—Es necesario,—repuso el marqués con tono despótico,—es necesario que con la ligereza del viento vayas á casa de mi abogado ahora mismo.

—Muy bien, señor.

—Le dices que necesito hablarle urgentemente y que no saldré de aquí hasta que venga; es cuestión grave la que debo consultarle y á él le interesa también mucho: parte á escape y cumple al pié de la letra el encargo que te doy.

Las últimas palabras del marqués hicieron desaparecer al criado como por magia.

Román dejóse caer en un confidente, extrajo de una riquísima petaca de oro un magnífico habano, y después de cruzar una pierna sobre otra, comenzó á saborear el veguero.

En tanto divagaba sus ojos el marqués en las rizadas espirales del humo de su cigarro, entregábase su cerebro á todo linaje de menguadas y ruines ideas.

El aristócrata preocupábase primordialmente de volver á ser rico á toda costa; pero también aguijoneaba su espíritu la honda herida causada por la defensa de su hermano en lo íntimo de su amor propio.

Román no lograba contener el despecho que le producía la contrariedad experimentada en sus propósitos é intenciones.

Al mismo tiempo pretendía vanamente hallar los motivos que impedían al tribunal encargado de su pleito, fallarlo á su favor.

Discurriendo acerca de estos extremos, preguntábase una y cien veces:

—¿No está en el poder lo que *impropiamente* se llama la reacción? ¿No ejerzo yo influjo verdadero, eficaz y avasallador entre los hombres de mi partido? ¿Pues por qué esos imbéciles de magistrados, que son en su casi totalidad correligionarios míos y del Gobierno, hechuras nuestras en su mayor parte, se niegan á convertir mi voluntad en ley? ¡Oh! ¡por mi nombre les aseguro que han de sentir el peso de mi venganza!

Román apretó los puños lleno de cólera; incorporóse y reanudó sus paseos á lo largo del gabinete.

En tanto que así discurría, balbuceaban sus labios estas frases:

—No me explico la tenacidad y animadversión, desplegadas en contra de mi derecho, por esos mentecatos de jueces. Ellos, que prevarican á las primeras de cambio, me salen ahora con *repulgos de empanada*, é invocan esa palabra sin sentido que se llama la opinión pública, para negarme una sentencia favorable. ¡La opinión pública! ¡coleóptero social de todas las veleidades humanas, eterna conquista, no más que de la fuerza y de la brutalidad indomable del número!

Cualquiera que hubiese acertado á contemplar á Ro-

mán, oficiando en aquellos empeños de moralista y de sociólogo, habríale creído mártir de la más cruel y despiadada de las injusticias.

Empero, el lector habrá podido apreciar claramente hasta qué punto rayaban en osadas y criminales las aspiraciones litigiosas de aquel menguado.

Por lo demás, bueno que los tribunales de entonces adoleciesen de los defectos y pasiones inherentes al régimen político que imperaba á la sazón, bueno que en la mayor parte de sus sentencias se tradujese el odio hacia los principios liberales; pero de esto á convertir un caso concreto de la jurisdicción civil en materia *de holocausto gubernamental*, como disparatadamente el marqués pretendía, mediaba una gran distancia.

Tratándose de un pleito como aquél, era difícil exponerse á dictar un fallo apasionado, injusto y parcial á todas luces.

Muchos obstáculos eran motivo poderoso á impedirlo, resultando, como más importante, la virilidad, talento y dotes jurídicas de Mendizábal, el eximio abogado de Andrés.

En aquella sazón, la balanza de Thémis debía inclinarse, merced á la irresistible lógica de Mendizábal, hacia la parte de su representado.

Lo cual no arguye un voto favorable rendido á la imparcialidad de los jueces españoles de la época; éstos, en ocasiones, obedecían en sus sentencias al influjo de sus

protectores; pero en honor á la verdad, las trasgresiones de la ley no tocaban nunca en la desvergüenza y el descaro.

Una institución mal llamada jurídica tan sólo; el Tribunal creado para entender en los procesos politico-criminales, resultaba el órgano exclusivo y servil de la despótica voluntad del gobierno.

Con aquella creación menguada, hacia patente el polaquismo la impopularidad de su política, y el temor latente de verse aniquilado por el desprecio y el odio de la mayoría de la nación.

Media hora escasa habria transcurrido desde la salida del criado de Román, cuando volvió el primero á comparecer en la presencia de su amo.

Previo un reverente saludo del doméstico, fué anunciado con voz sonora por él mismo, el abogado D. Diego Sarmiento, defensor que era del marqués, pues habían vuelto á hacer las amistades.

Don Diego penetró reposadamente en el despacho de Román, estrechó la mano de éste con fingido cariño, y una vez aceptada su invitación para tomar asiento, entablóse entre defensor y defendido el siguiente diálogo:

—A fe mia,—exclamó el marqués sonriendo,—que no

pueden menos de serme gratas su solicitud y diligencia.

—Todo lo merece persona tan distinguida como usted, amigo mío, —contestó el interpelado.—Cuando su ayuda de cámara llegó á mi bufete, ocupábame yo en coordinar los antecedentes y piezas de un pleito difficilísimo...

—¿De modo que por servirme á mí, por atender á mis intereses ha abandonado usted su importante tarea?...

—Como lo verificaré siempre que intervenga en un negocio sometido á mi estudio, quien como el noble marqués tanto vale. No solo por esta razón heme apresurado á venir, si que también por otra no menos importante.

—¿No menos importante, dice usted?

—Sí, carísimo cliente: la defensa de sus derechos de usted es positivamente laboriosa y empeñada, y yo soy hombre que goza de modo extraordinario cuando un escollo forense se cruza en su camino.

—¡Oh! Gracias, gracias mi querido don Diego.—Las pruebas de afecto que usted me da me ligan á su persona para mientras viva. ¡Cómo pagar á usted tanto y tan señalado beneficio!...

—¡Ya verás cuando te ponga la cuenta!—repuso haciendo un aparte el jurisconsulto; y luego, reflejando en su rostro una expresión de generoso desprendimiento, exclamó:

—Señor marqués, si vuelve usted á hablarme de honorarios, de pagas y de recompensas, es cuando le abandono.

—No hará usted eso jamás, señor Sarmiento.

—De usted depende, amigo mío; mi resolución es irrevocable.

—Bueno; pues no volveré á molestarle con las explosiones mal contenidas de mi gratitud.

—Hé ahí lo que yo deseo; empero dejemos esta enojosa cuestión y vamos á lo que importa. Al llamarme usted tan urgentemente y al responder yo con mi venida, sin dilatarla un minuto, presumo que los sucesos reclaman una conferencia ineludible.

—Es indudable, señor Sarmiento.

—¡Magnífico! Usted ha conquistado tal vez algún dato nuevo y precioso para nuestro asunto y quiere comunicármelo; ¿no es verdad?

Román permaneció en silencio breves instantes, y moviendo tristemente la cabeza exclamó con amargo acento:

—Por desgracia, nada que favorezca nuestros intereses puedo añadir á lo que usted ya posee.

—¿Entonces?...

—El aviso que he enviado á usted obedece á otros fines. Veo con verdadero disgusto que mi pleito se dilata más de lo regular y quisiera que se terminase cuanto antes; mas...

—Comprendo su impaciencia, señor marqués: á todos los que litigan les sucede lo propio.

—Podrá ser; pero mi inquietud se funda en otro linaje de prejuicios.

—Explíquese usted que pueda yo entenderle,—repuso Sarmiento un tanto receloso.

—¡Si usted no se enojara!—exclamó el marqués golpeando cariñosamente el hombro izquierdo de su interlocutor.

—¡Enojarme! ¿y por qué motivo?—preguntó el abogado afectando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.—Aun cuando usted me privase de la honra de representarle en este litigio...

—No se trata de eso, mi querido don Diego.

—Pues agradeciendo profundamente su confianza, ruego á usted hable sin usar reticencias.

—Voy á complacer á usted en seguida. Ese picapleitos de Mendizábal, el abogado de mi hermano, tiene fascinado al tribunal con sus argucias y sus habilidades: todo lo que alega no es sino un tejido de embustes.

—Quizás, señor marqués; pero haciendo justicia á mi cofrade, precisa convenir en que tiene muchísimo talento: ¡qué claridad de juicio! ¡qué método en la exposición de su defensa y qué oratoria tan serena y tan limpia!...

Román mordióse los labios lleno de rabia: miró con marcada desconfianza á su interlocutor (como si temiera que hubiese él mismo podido venderse á la parte contra-

ria), y reprimiendo, no sin algún esfuerzo, sus dudas, repuso:

—Sean ó no valiosas (que esto no me atañe reconocerlo), las prendas intelectuales que según usted concurren en Mendizábal, repito que su influencia en el ánimo del tribunal ha de redundar en perjuicio mío. Ningún abogado logra lo que mi antagonista, y circunstancia de tanto peso debe preocupar hondamente á un litigante. Hé aquí por qué he mandado llamar á usted. Mi pregunta es esta: ¿puede decirme con entera franqueza cuál será el final de nuestro pleito?

Sarmiento, que ya se iba amostazando y sentía herida su dignidad profesional con los desafueros del marqués, contestó con tono bastante seco:

—Señor mío, me alegro de que usted lleve la cuestión al terreno de las aclaraciones rotundas. Al encargarme de su negocio, recordará usted le dije era problemático que obtuviésemos un fallo satisfactorio, si bien existían para ello muchas ventajas en nuestro favor. Para opinar así mediaban dos razones poderosas: una, y esta es en mi concepto la principal, las noticias que circularon sobre la muerte de su hermano de usted, justificadas por la declaración de Anselmo, el cual, como usted no ignora, fué condenado á presidio por conato de estafa.

Al oír el marqués estas frases sintió que la sangre se le agolpaba al cerebro.

El abogado continuó:

—La segunda razón en que yo me apoyaba para opinar de aquella suerte, pudiera reputarse como un recurso de habilidad jurídica: al presentarse el testamento ológrafo, entendía yo cosa fácil probar que era apócrifo, y que, aun no siéndolo, el principio de Derecho Romano, transcripto á la Ley de Partida en lo relativo al testamento militar, no era aplicable á don Andrés por no haber concurrido en su otorgamiento la circunstancia excepcional de peligro de muerte, en la guerra. Todos estos detalles tenían para mí gran valor, y, soy á usted franco, lo que más me animaba era su influencia de usted, á falta de medios probatorios legales.

—¿Es decir,—preguntó Román con visible inquietud,—que usted juzga perdido nuestro pleito?

—Si usted apela á sus relaciones políticas, quizás nos salvemos; pero debe usted tener presentes, para no confiar demasiado, las siguientes circunstancias:

1.^a Mendizábal ha probado hasta la saciedad que la letra del testamento es de D. Andrés Muñoz.

2.^a Conseguida tan valiosa prueba, mi compañero ha demostrado claramente que dicho instrumento, por su índole, naturaleza peculiar y condiciones en que fué otorgado, goza de privilegio y cae de lleno en el fuero de guerra.

—¿En cuyo caso?...

—En cuyo caso la única heredera legítima es doña Blanca, esposa del difunto.

—Es que mi hermano no ha muerto,—interrumpió el marqués con palabra enronquecida por la cólera.

—Peor que peor; delito gravísimo sería apoderarse de la propiedad ajena...

—Pesa sobre Andrés una sentencia de muerte.

—La cual no se ha cumplido, y aun cuando se cumpliera habría que darle tiempo para testar.

Román guardó silencio; las razones de su defensor parecían convencerle; pero á trueque de no entregar la herencia á su cuñada hubiera sido capaz de todo: de no mediar el testamento de su hermano sería dueño de un caudal brillantísimo.

Breves instantes permanecieron ambos interlocutores sin desplegar los labios.

El marqués reanudó el diálogo, diciendo:

—¿De modo que usted cree que bajo el punto de vista legal está el pleito perdido?

—Seguramente; y á no mediar razones tan claras en pró de Mendizábal, los jueces se hubieran venido á las poderosas influencias que hemos puesto en juego.

—¿Es decir,—gritó el marqués poseído de rabia,—que ese *abogachuelo* es el único obstáculo que se opone á mi felicidad?

—Su gran talento, señor marqués, su gran talento; de no mediar él, ya habríamos triunfado.

—¡Basta!—exclamó Román poniéndose en pié.—La gran virtud del hombre es saber esperar: tendremos pa-

ciencia y veremos lo qué sucede. Por el pronto, señor don Diego, continúe usted trabajando, que yo le ayudaré en cuanto me sea posible.

—No descuidaré el asunto un solo instante,—respondió el aludido despidiéndose de su cliente, el cual estrechó su mano y acompañóle hasta la puerta de la habitación.

Así que Román quedó completamente solo volvió á sus primitivos paseos.

La actitud de aquel ambicioso semejaba la del tigre enjaulado.

—¿Es decir,—exclamaba lleno de furia,—que á mi no me arruinan ni la ley ni la razón, sino el talento de un hombre? ¡Oh! ¡Por Dios vivo que no habrá de salirse Mendizábal con la suya!

El mundo me pide oro; la sociedad me brinda con sus atractivos; el rango de mi cuna exige la abundancia y la esplendidez: soy capaz de todo, de todo lo... malo, á trueque de triunfar en la demanda; pero ¿cómo vencer? ¡Ah! ¡qué idea tan sublime!—gritó el marqués deteniéndose, al par que golpeaba su frente nebulosa.

Al pronunciar estas frases, el rostro del menguado matizóse de una hermosura verdaderamente satánica.

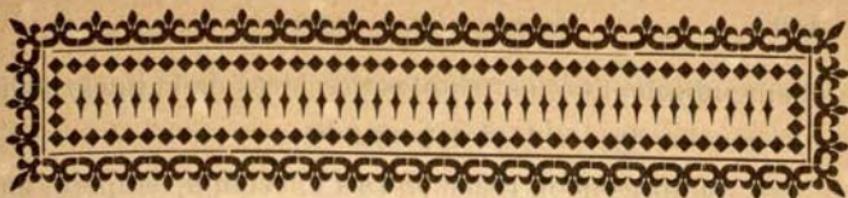
Román meditó un poco, hizo visible su júbilo y enloquecido, exclamó:

—Sarmiento dice que mi negocio se pierde y yo aseguro que voy á ganarlo.

Y levantando la voz cuanto pudo, gritó luego:

—¡Mendizábal! ¡el único estorbo á mis intenciones eres tú, y los obstáculos se quitan de en medio! Ahora, ¡ahora veréis quién soy yo, y si sé ó no sé daros *el golpe de gracia!*





CAPITULO LI

En el templo de la arbitrariedad

LA escena tiene lugar en el Gobierno civil de Madrid, á donde el lector benévolo debe acompañarnos.

Un hombre con entrañas de hiena, un verdadero azote del hogar y de la familia. Don Francisco el Chico es, como ya sabemos, Jefe superior de la Policía.

La personalidad de este hombre, plenamente consagrada al mal, podría servir de objeto de estudio á frenópatas y antropólogos; porque, á decir verdad, jamás pudo concebirse cerebro humano en el cual se albergaran ideas tan negras como las que el aludido ponía en ejercicio para complacer al Gobierno que le pagaba.

La Inquisición, que extinguía en la hoguera los fueros

del entendimiento ó los triunfos preclaros de la integridad de la conciencia, había desaparecido.

Los hombres de la reacción restablecíanla, empero, en otra forma, y era de ver como aquella pléyade de cardenales, obispos y clérigos que constituían el brillante coro del Santo Tribunal, reemplazábase ahora por una turba de criminales á quienes denunciaba su incierto paso, mal contenido durante muchos años, á obra del grillete en los educadores presidios de la Nación española.

Tal era la policía entonces al uso, y tal su digna y acabada representación.

Si ganosos de conocer al detalle la burda trama de la farsa política entonces vigente, hubiéramos penetrado en el edificio de que queda hecho mérito, habría recogido nuestra mirada antecedentes, raros, por demás, y curiosos.

En una habitación que no brillaba ciertamente por espléndida ni por limpia, rodeado de unos cuantos sillones de baqueta y entregado á minucioso trabajo burocrático, veíase á un hombre.

El individuo en cuestión no era otro que D. Francisco el Chico.

Como si Satanás moviese la diestra de aquel menguado, y en el alma del mismo se agitase la hidra de las pa-

siones más viles, el esbirro comprobaba, con los antecedentes de su cartera, una larga lista de nombres propios, y al lado de los que le parecía conveniente, trazaba con su lápiz una pequeña cruz.

¡El signo admirable de la Redención del hombre, convertíase por vez primera en decreto nebuloso del crimen; pues que la cruz trazada no era otra cosa que una condena de deportación ó de asesinato, estampada de manera simbólica y muda.

De cuando en cuando sonreía el polizonte con cruel complacencia.

La sola idea de apoderarse de un liberal, y de prestar de esta suerte un marcado servicio á la reacción, llenábale de incomparable gozo.

Don Francisco tenía en aquella lista número no pequeño de nombres que iban á sufrir los horrores de la persecución política. Mientras repasaba los mismos hacía memoria de la categoría social, profesión, importancia é influencia de sus poseedores.

Próxima al despacho del jefe de policía, y velada por un cortinón policromo, aunque de indefinidos colores, había una puerta.

La misma daba entrada á un pequeño gabinete, en el cual se encerraba con sus visitantes don Francisco para tratar de asuntos reservados.

En cuanto al aspecto exterior de los locales próximos al despacho de dicho jefe, nada extraordinario puede decirse. Una antesala, dos mesas ocupadas por polizontes de repulsivo aspecto, y muy cerca de ambos un corro de agentes que, á juzgar por su charla seguida y la animación inopinada de sus semblantes, consideraban el alcohol como el bálsamo más eficaz para la cura de las tristezas humanas.

Cerca de donde el corro estaba, una endeble mesa de pino sobre la que veíase un casco de aguardiente medio vacío y varias copas, convertía en realidad el prejuicio de nuestra aseveración.

Practicado un detenido análisis sobre el elemento psíquico de todas aquellas personalidades, habríamos podido observar que ni individual ni colectivamente merecían otra cosa que las caricias del verdugo.

Ni en el rostro de tales funcionarios se dibujaban otros caracteres que las líneas angulosas del delincuente, ni en los modales de los mismos advertíase más signo de cultura que la que puede proporcionar la pedagogía correccionalista, en las luminosas escuelas de los presidios mayores del reino.

Dotes tan valiosas adornaban á los servidores del jefe mencionado; quienes, por lo demás, habían olvidado la redacción de sus partidas de bautismo, para reemplazarlas por el novísimo calendario del apodo.

La gloria que á tales gentes acaricia el apellidarse, por

ejemplo, *Bisco*, *Melindres*, *Mochila*, *Colillero*, etc., causaría celos al mismo Alejandro el Grande, y serviría de argumento para empequeñecer sus timbres, al propio y nunca suficientemente ensalzado príncipe Filipo de Macedonia.

Apuntada á vuelo de pájaro la filiación de aquellos distinguidos funcionarios, escuchemos su interesante conversación:

—Cye, *Pocito*,—repuso uno de nuestros personajes.

—¿Qué deseas?—contestó el interpelado, hombre más negro que el betún y de rostro lleno de cicatrices.

—Deseo me digas... ¡pero qué diantre! acaba de *trage-lar* la *pita*, ó el *peñascaró*, como dicen los *anda-rios*, y luego *chamullaremos*.

—Bueno,—respondió sonriendo el aludido, al par que se limpiaba la boca con el dorso de la mano.

—¿Has acabado ya?

—¡He dicho!—exclamó el polizante con cómica solemnidad.

—*Pus* si has dicho; *menda* pregunta. ¿Qué tal la caza de anoche? ¿Caerían muchos pajarracos, eh?

—No hubo más que un viaje por la calle de Toledo, buscando dos comerciantes de portal chico. ¡Ah! Estos pillos de liberales como no prosperan con sus embustes, echan la culpa de todo al Gobierno.

—¿Y os divertiríais mucho, verdad?

—Así, así,—contestó *Pocito* con marcada indiferencia.

—Uno de los que prendimos, soltero de estado, nos siguió sin decir «esta boca es mía.»

—¿Pero el otro?

—El otro ¡maldito sea el veneno! estuvo á punto de mandarnos á todos á Leganés: su mujer, sus cinco chiquillos, ¡vaya un jaleo que armaron al ver que nos llevábamos preso al hombre!

—Vosotros, sin embargo, ¿apencaríais con él?

—Como las mujeres son tan escandalosas y tan embusteras, la del individuo en cuestión empezó á gruñir como un becerro; se arrojó en los brazos de su marido, y dirigiéndose á sus pequeñuelos que también lloraban: ¡Hijos míos!—gritaba como una loca,—no me abandonéis; no le dejéis marchar; estos hombres se llevan á vuestro padre; ¡pobre esposo mío!

—¡Vaya una comedia sin gracia!

—En verdad que tienes razón: quién haga caso de las lágrimas de una mujer se ha divertido; pero nosotros concluimos pronto el sainete.

—Echando la zarpa al padre, al hijo, y al...

—Al padre solamente; como el asunto era de menor cuantía, vino el *Cano* al frente de la fuerza.

—Sin hallarme allí parece que le estoy viendo.

—En mi vida he visto más quemado al hombre; pero como él se pinta solo para estas cosas, hartó de los berridos de la mujer y de los *churumbeles*, y convencido de que no podía hacerlos callar, volvió hacia mí la cara y me guiñó el izquierdo.

—¿A lo cual tú?...

—A lo cual yo descargué una patada en el vientre de la esposa sensible que cayó de espaldas y se cosió en seguida la boca.

Una carcajada brutal de aquellos patibularios premió colmadamente la infame y repugnante hazaña de *Pocito*.

Las copas volvieron á dar albergue al alcohol y una tras otra fueron apuradas.

Pocito continuó su relato diciendo con voz velada:

—Tal fué nuestra excursión de anoche; esto no vale nada; pero ahora viene á mi memoria otro cuento de gran interés.

—¿Cuento dices?

—Historia, quise decir.

—Anda, charla y déjate de repulgos.

—No lo olvidaré nunca: era una noche bastante clara; debíamos salir á *cazar* y don Francisco quiso honrarnos poniéndose en persona al frente de la fuerza. Para que el éxito fuese más brillante el jefe nos vistió á todos de lechuguinos.

—¡Bonito estarías tú con esa *geta* y esos *andares*!

—Debo decirte que cuando me da la real gana me adorno la *filoxa* de tal modo que da gloria verme.

—¡Que te calles!

—No me callo; ¿lo oyes, *boceras*? Lo que te digo es tan cierto como Dios, y si quieres probarlo verás como te quito la novia cuando se me antoje.

—Nada de faltar y cuidadito con lo que se habla. Prosigue tu historieta.

—Pues como os decía; perfectamente vestidos de *currutacos*, y oliendo á almizcle á veinte leguas, salimos del Gobierno civil y *pian, pianino* nos encaminamos al café *di Pourbo*.

—¿Y ya allí?...

—Con objeto de desorientar al público, don Francisco nos distribuyó en el café por parejas. Nadie podía sospechar de nosotros. La caza revestía importancia suma, pues que en dicho establecimiento debían reunirse los más acreditados conspiradores.

—¿Claro está que vosotros andariais examinándolo todo con ojos de lince?

—No interrumpas y ya verás lo que hicimos. Los pájaros que nosotros debíamos apresar, eran de lo más floridito que se pasea por la Corte; su caza suponía un extraordinario servicio prestado; privar á sus secuaces de su dirección, representaba un triunfo para el Gobierno: figuraos todos si á trueque de que nuestro jefe don Francisco alcanzara un premio de quien puede darlo, habíamos de andar listos y de poner toda nuestra atención en tan difficilísimo negocio.

El auditorio asintió á las palabras de *Pocito*, moviendo unánimemente la cabeza.

El orador siguió diciendo:

—Pocos minutos iban transcurridos desde nuestra

entrada en *Pourbo*, cuando penetró en el establecimiento un individuo y después de fijarse en nuestras personas, volvió á salir.

Don Francisco, que tiene una nariz tan experta como un perro de caza, me miró significativamente, cual si me dijese:

—Anda, que ese se escapa á dar el soplo.

Y en efecto, secundando un compañero y yo la orden simbólica de nuestro jefe, salimos en pos del desconocido.

A pesar de la precipitación con que caminaba, logramos darle alcance en el callejón de Correos.

La escena que allí ocurrió es de las más originales que pudieran referirse.

Irritado yo por la burla que, al parecer, intentaba regalarnos el fugitivo, púseme delante de su persona, y asiéndole briosamente de la solapa del gabán, hube de preguntarle con tono brusco:

—¿Quién es usted?

—Un hombre de honor,—respondióme con toda la energía de quien puede probar lo que afirma.

—No se trata de eso,—exclamé sacudiéndole repetidas veces sin soltar su sobretodo.—Se trata de saber si usted conspira contra la situación.

El interpelado me dirigió una mirada harto significativa, y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—¿Responde usted?—gritéle con furia agitando nuevamente su cuerpo y sintiendo deseos de pulverizarle.

El desconocido no desplegó los labios. Entonces, yo, que tenía verdaderas ganas de oír el *graznido* de aquel *ganso*, repuse:

—Tome usted, para que aprenda á ser más franco en lo sucesivo.

Y uno tras otro, descarguéle un chaparrón de puñetazos.

Una nueva carcajada de triunfo, arrancada por *Pocito* á los labios de aquellos criminales, reanimáronle en la empresa de dar término á su relación.

—Después,—continuó el polizonte,—volvime al café acompañado de mi colega, no sin disponer previamente que el prógimo fuera conducido á la cárcel.

—¿Y has vuelto á saber de él, *Pocito*?

—Sería imposible, porque dicen que en la Eternidad anda muy mal el servicio de Correos: lo único que puedo revelaros es que á los pocos días de entrar el progresista en la cárcel, murió á consecuencia de *mi medicina*: que sirva de escarmiento á sus correligionarios, y... no tengo más que añadir.

—¡Satanás sea con él!—exclamaron á una los foragidos.

Un momento de silencio sucedió á estas explosiones del entusiasmo, durante los cuales, el héroe de la fiesta derramó en las copas el resto de aguardiente que en la botella enunciada había.

Pocito fué entregando individualmente á su auditorio el alcohol y se dispuso á dejar que otro tomase la palabra.

Inútiles fueron los propósitos de su *prudencia retórica*.

El orador fué invitado á referir nuevas hazañas, y como el concurso insistiese en ello, exclamó:

—Poco, muy poco me resta revelaros. Sólo os diré que en vista de que la caza se nos había escapado durante aquella noche memorable, formamos intención de cogerla en su nido.

Al efecto, procediendo sigilosamente, registramos una por una varias casas. En todas ellas encontramos caza.

—¿La cual caería en la red con el indispensable acompañamiento de lloriqueos y gritos?

—Así es siempre, en efecto: yo no he conocido gente más melindrosa que estos progresistas: al instante dicen que se les atropella, que se viola su hogar, y que no se respeta ni lo más sagrado del hombre, que es la familia. ¡Valiente argumento!

Pero como yo estoy tan acostumbrado á tales jaculatorias, maldito el caso que hago de ellas.

El único remedio que aplico en toda ocasión, es el palo; y como en la noche á que he aludido todos los liberales parecían locos, vime obligado á curarlos con tal número de puntapiés, que he tenido que echar medias suelas á las botas.

